



EL
CARDÓ
DE
BRONCE

CUADERNOS LITERARIOS DEL GRUPO "JARAIZ"

EL CARDO DE BRONCE



VERANO DE 1985

EL CARDO DE BRONCE, Cuadernos de Poesía y Pensamiento del Grupo Artístico y Literario "JARAIZ", al cuidado literario de Valentín Arteaga; con la dirección artística de Leopoldo Lozano; y en la redacción y administración M^a del Pilar Morales y Tomás Casero: C/ Veracruz, 24. Tomelloso (Ciudad Real).- Con el patrocinio del Area de Cultura de la Excma. Diputación Provincial de Ciudad Real y el Patronato de la casa Municipal de Cultura de Tomelloso.

Depósito Legal: Ciudad Real-832/85

PRESENTACION DOS

Está el verano una vez más desparramando casi inmisericorde toda la anchura nuestra entre quinterías y deidades verticales de la Mancha, tierra ésta para advertir, desconcertado el corazón entre las ventanillas de los ojos, que el cosmos acá es insólitamente redondo, circular la palabra, ancho el despropósito, la creencia alta, infinitas las maneras. Desde que, hace apenas unos meses, arrimase su serijo al correo lírico del Grupo "Jaraíz", en este "cercao", surrealista casi, de Tomelloso Angel Crespo, de cuya mano, -entre los dedos del poeta de "El bosque transparente" ciérnese, disidente, el aire-, salió a la Plaza Mayor de las letras, "El Cardo de Bronce" uno, han acaecido sucedidos de mucho resplandor, convenciéndonos Rosa Chacel y Clara Janés que "sólo el cardo está en flor" en un verso inesperado y rotundo del poeta Alceo, antecesor pretérito y conmovido sin saberlo de Juan Alcaide, al que el Grupo y sus cuadernos literarios le deben pila bautismal y signación. Anhelamos que no se le quemén jamás al dios este autóctono y vegetal, bajo cuyo altar esquivo nos acogemos, ni la flor ni el exorcicio para poder ir oficiando el encantamiento de la palabra.

Presentación dos, con connotaciones ahora mismo de espigadora adolescente, rural terqueza, absoluta desnudez de la llanura, en la que de locos es continuar, para que a la Mancha de este lado de la espera no se le quiebren los cantarillos de la sed. Únicamente quienes no dimiten de la sed están convocados para poetizar, que del que encuentra palabras verdaderas puede afirmarse que se le ha dado hallar un aljibe de nostalgia en la corola misma del cardo y la marginalidad deseante y pretendida.

Ha sucedido, de la primavera a acá, de la presentación una a la sorpresa segunda, que Antonio López García ha sido galardonado con el Premio "Príncipe de Asturias de las Artes". "El Cardo de Bronce" no puede silenciar tanta emoción, amén de otras persignaciones y otros brindis para el ensimismado, frágil y esencialísimo vino transparente del pintor de Tomelloso.

Con él, ahora que el estío derrama por los lienzos de la Mancha ese franciscanismo traslúcido que le define, salimos de nuevo. Cuanto en las páginas siguientes nos golpee en el centro del alma sépase que lo hemos puesto, querenciosa y cuidadosamente, en la punta del pincel de Antoñito como signo de nuestra admiración más sincera y veraz. Humildemente, como está decidido que sea el talante de estos Cuadernos Literarios del Grupo "Jaraíz". Todas las palabras y todas las ilustraciones desean solamente decirle a López García: A toda la tribu interior que nos habita se le ha removido la parentela con tu quehacer justamente reconocido, compadre.

Presentación dos también para endomingarnos, cómo no, los besos y los vasos al alinear "Jaraíz" su vasar de libros y su empotro de comentarios a los mismos, según vayan llegándonos o encendiéndonos el centro de los ojos, para reestrenar en cada nuevo número de "El Cardo de Bronce" el milagrero mágico de la palabra.

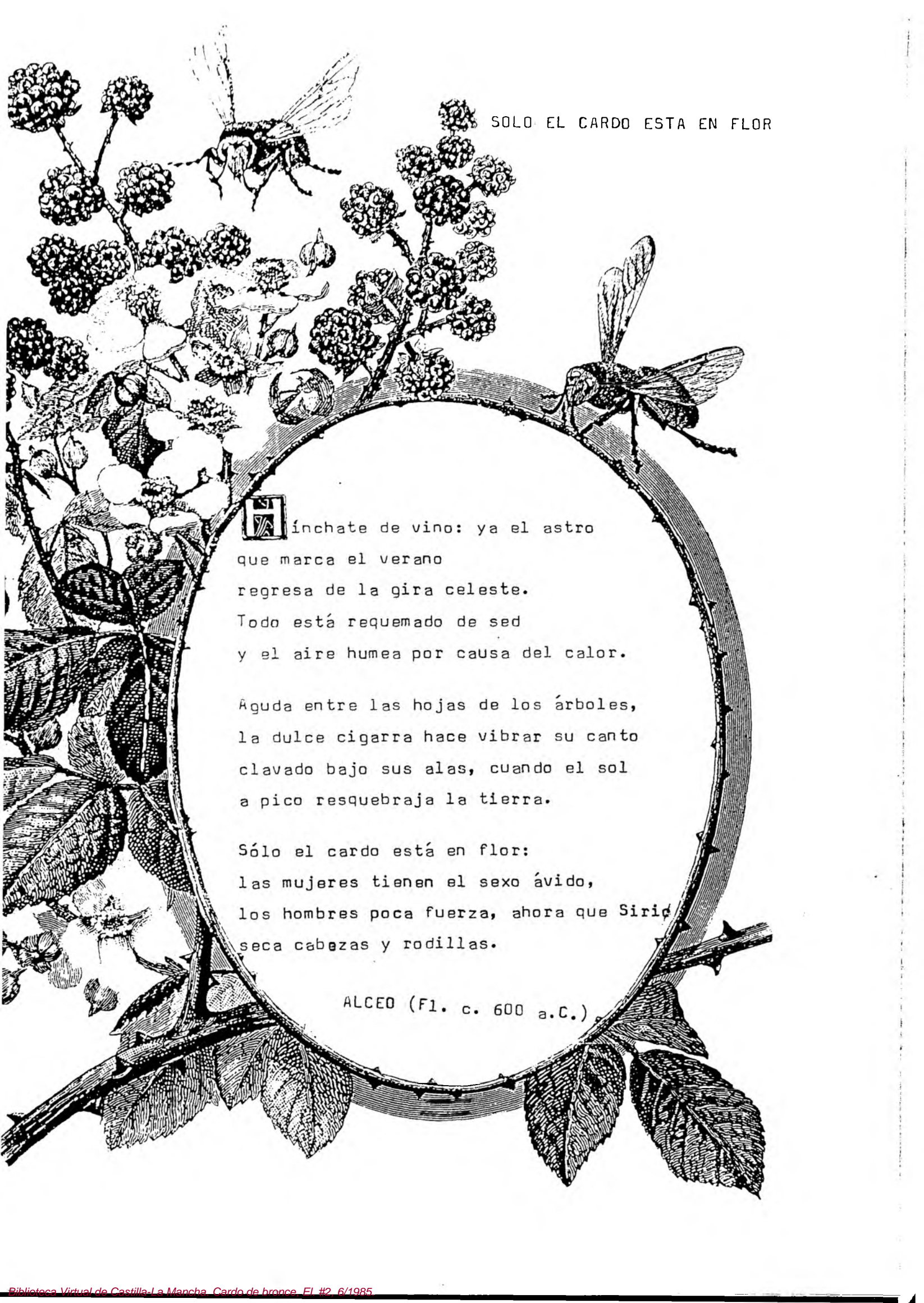
Mas, en esta presentación dos, cuando en el verano reseco del cardo de "Jaraíz" "humea el aire por causa del color y está todo quemado de sed", oh Alceo, nos es dolorosamente necesario, en esta tierra del arte verticalizado y de rodillas, decir en voz baja un requiem de homenaje y amor por Francisco Vela Siller, el pintor manchego que trágicamente nos ha dejado, muerto en accidente muy cerca de nosotros, cuando preparábamos estas páginas. Copiamos el siguiente poema "Miércoles de Ceniza", cuyo autor es Valentín Arteaga para ponerlo sobre la tumba encendida del malogrado artista ciudalarreño. De este modo "El Cardo de Bronce" se suma a cuantas adhesiones se seguirán, es seguro, al gran amigo que fué Vela Siller.

"Traedle una paloma a Vela Siller.

Traedle a Vela Siller una cómoda,
el cuarto oscuro, el tiempo detenido
sobre el mármol con polvo, unos encajes
que inútil mueva el aire, las muñecas
de la tristeza rota... A Vela Siller
una entreabierta puerta hacia el silencio,
aquel color que tuvo la memoria,
el grifo del lavabo interminable
tal la melancolía...

Traedle ese desguace de ceniza
que le queda penúltimo al revuelo
de la paloma, el tedio de las cosas
sobre el mármol difunto, el cuarto oscuro,
la cómoda final... A Vela Siller
traedle los desvanes, los milagros
al revés de la vida... Esta promete,
mas ¿cumple, Vela Siller, su palabra?" (1975)

Sin esperarlo, pues, nuestra presentación dos, une a dos pintores, Paco y Antoñito, Antoñito y Paco, ahora ya desde allá y desde acá del estío, juntos ambos en la esperanza y en la muerte, y detrás de esta no dudamos que también estará siempre en flor el cardo y la pintura, la luz y la eternidad, amén.



SOLO EL CARDO ESTA EN FLOR

Hínchate de vino: ya el astro
que marca el verano
regresa de la gira celeste.
Todo está requemado de sed
y el aire humea por causa del calor.

Aguda entre las hojas de los árboles,
la dulce cigarra hace vibrar su canto
clavado bajo sus alas, cuando el sol
a pico resquebraja la tierra.

Sólo el cardo está en flor:
las mujeres tienen el sexo ávido,
los hombres poca fuerza, ahora que Siria
seca cabezas y rodillas.

ALCEO (Fl. c. 600 a.C.)

COLABORAN

Clara Janés
Angel Crespo
Alicia Valle
Julián Márquez
Rafael Alfaro
Pascual-Antonio Beño
Antonio Matea
Valentín Arteaga
Vicente Cano
Carmen Borja
Sagrario Torres
Domingo F. Failde
Héctor Rosales
Antonio César Ollero
José Carretero
María Victoria Rodero
Dionisio Cañas
José María Torrijos
Manuel Moreno
Javier Campos
María del Pilar López
Pablo Ramírez
Luis García Pérez
Antonio M. Martínez
Cayetano Iranzu
Natividad Cepeda



PIEDRA DEL CARDURO *

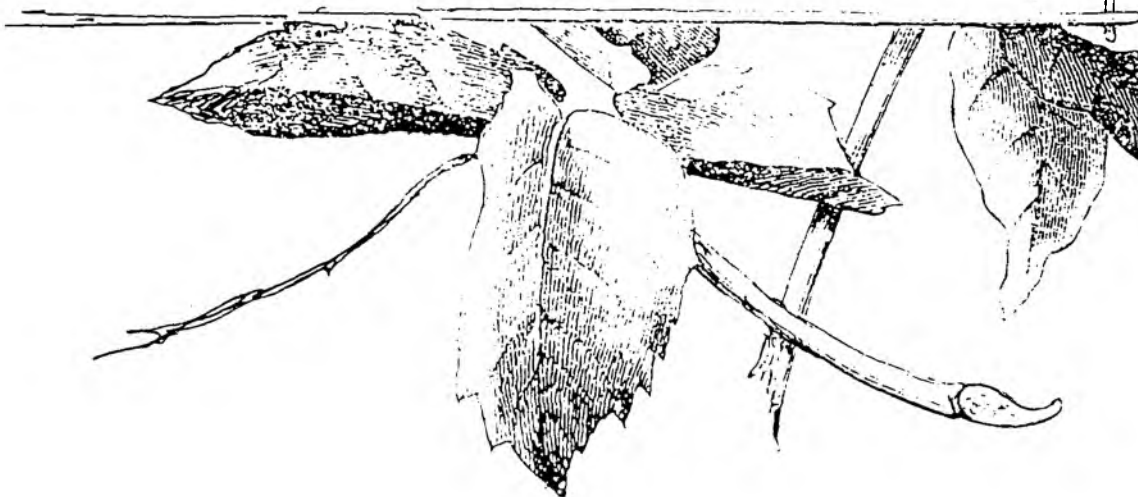
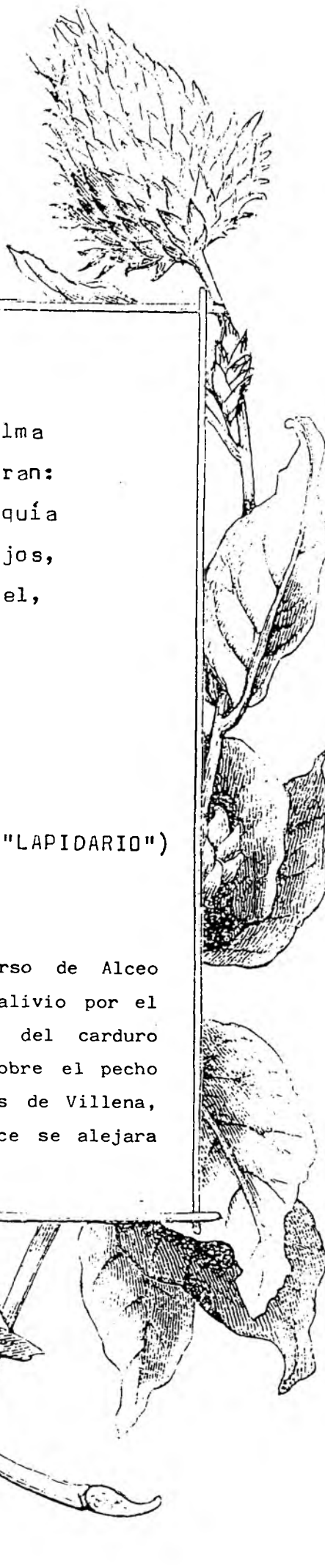


so dice la voz de la aridez
cuando en inhóspito paraje al alma
las ardicias del cuerpo configuran:
como la flor del cardo en la sequía
brota una fuente clara de los ojos,
cuando agostados los alivia, fiel,
la piedra del carduro

Clara JANES

(del libro inédito "LAPIDARIO")

* Del cardo a la sequía -presente siempre en mí el verso de Alceo "sólo el cardo está en flor"- y de la sequía a su alivio por el manar del agua, asocié aquella planta con la piedra del carduro "que se falla en el estómago del osso" y colocada sobre el pecho "faze venir los ojos en lágrimas al passionado" (Marqués de Villena, Tratado del aojamiento). Si el hondo mal por este cauce se alejara pudiera ser, en efecto, dicha piedra insólito remedio.





o es cazador quien de caza
sale con su halcón al campo
y a la paloma torcaz
acosa, o a la alta garza;

ni si, preso, al ruiseñor
trae, sorprendido en su fronda,
aunque el pájaro le cante
su mejor canción cautivo;

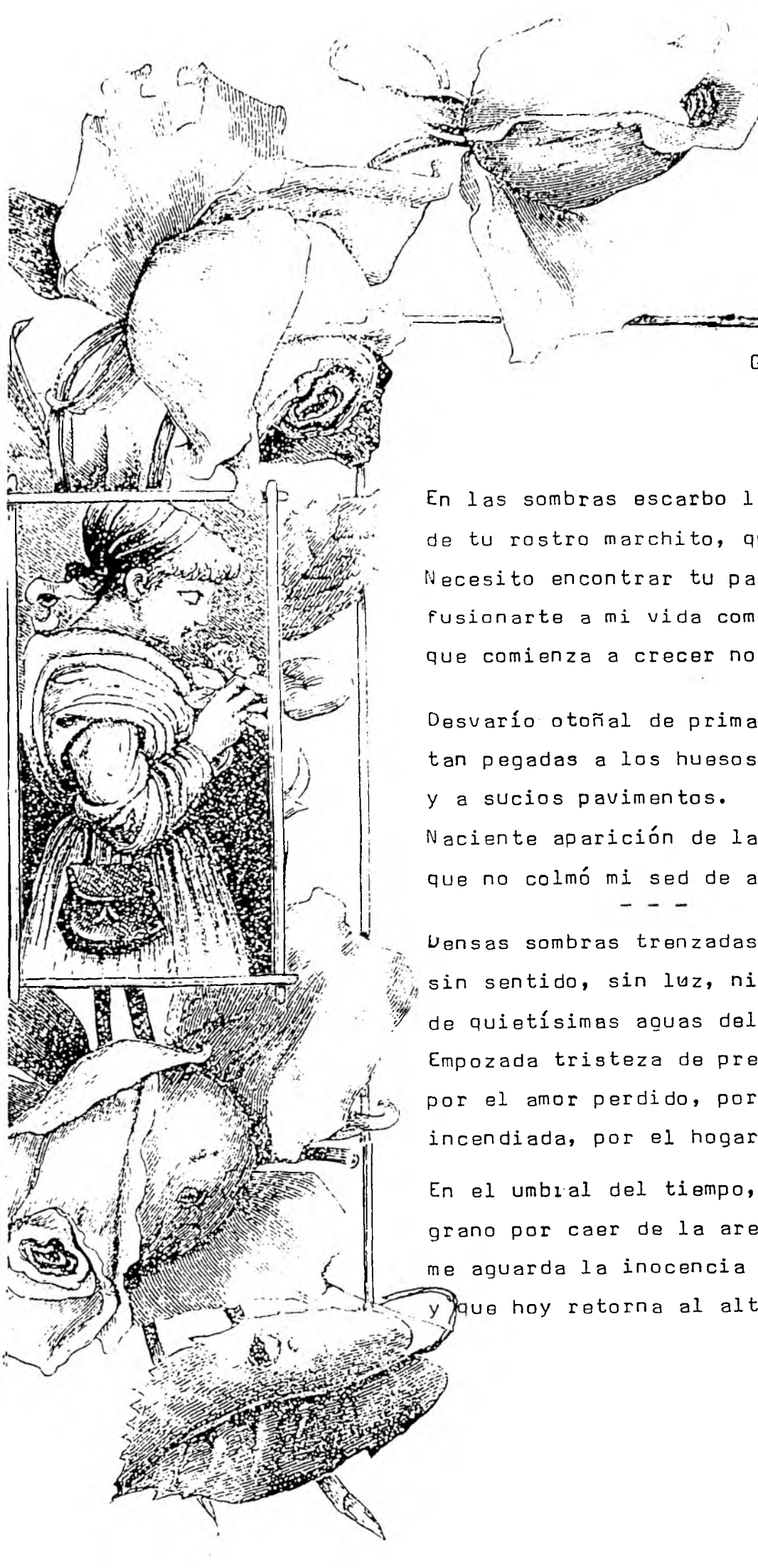
ni cuanta volatería
pueda cobrar en el aire,
con su alforre o su neblí,
será trofeo en su mano;

ni sale al campo a volver
acariciando la imagen
de la pluma fugitiva,
perdida al hilo del viento;

va al campo para cazar
a su propio halcón, lanzando
sin temblor la mortal flecha,
como si él fuese ese pájaro.

ANGEL CRESPO





GRANO DE ARENA

En las sombras escarbo las cenizas
de tu rostro marchito, qué añoranza.
Necesito encontrar tu paradero,
fusionarte a mi vida como a un hijo
que comienza a crecer nostalgia arriba.

Desvarío otoñal de primaveras
tan pegadas a los huesos germinales
y a sucios pavimentos.
Naciente aparición de la sequía
que no colmó mi sed de atardeceres.

Densas sombras trenzadas de palabras
sin sentido, sin luz, ni estos ojos inmensos
de quietísimas aguas del lago de la vida.
Empozada tristeza de preguntar a todos
por el amor perdido, por la aldea
incendiada, por el hogar deshecho.

En el umbral del tiempo, en este último
grano por caer de la arena,
me aguarda la inocencia de la niña que fui
y que hoy retorna al altar de mi memoria.

Alicia VALLE

"Nadie me ha dicho cómo se avanza
en pura luz, en pura canción alta"
A.C.

Tu palabra limita al norte con
petunias, flautas, mármoles y fuegos.
Al sur -meticulosos y andariegos-
tus versos, en perenne exploración.
Al este un mar de trigos en sazón.
Amapolas, oréganos, espliegos...
(La Mancha, en fin) y el pulso de los griegos
al noroeste de tu corazón.

La luz reside en tí y en mí y en todos
los que luchamos de distintos modos
por alcanzar el gozo que nos falta.

Si el aire es de los dioses -tú lo escribes-
son tus palabras la ilusión que vives
"en pura luz, en pura canción alta".

Julián MARQUEZ

EL PAIS DE LAS VIÑAS

¿A dónde vais viajeros?

No me digais que vais de paso. Es éste el centro de la vida, el de la vid.

No el mar de verde uva y vela blanca.

El mar es despedida y es huída

a lo desconocido; el paso errante,

de no saber adonde. Oh, el camino

pródigo, el ciervo herido, la pisada

caliente, el corazón huído, el norte

extraviado. ¿Quién encuentra, quién

la aguja en el pajar? ¿A dónde vais

viajeros? Que es muy corto el día. No

da la noche monedas como estrellas

en este tiempo ya, ahora da sombras

para un trago de frío o de cansancio.

Oh, vuestros pies fugaces notarán

el vacío del aire y de las cosas:

¿Hay tristeza mayor que ésta de ir

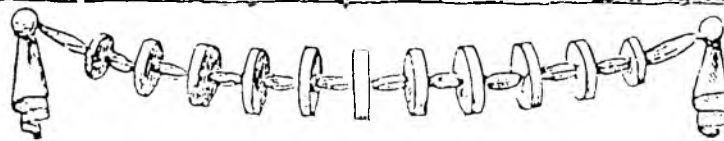
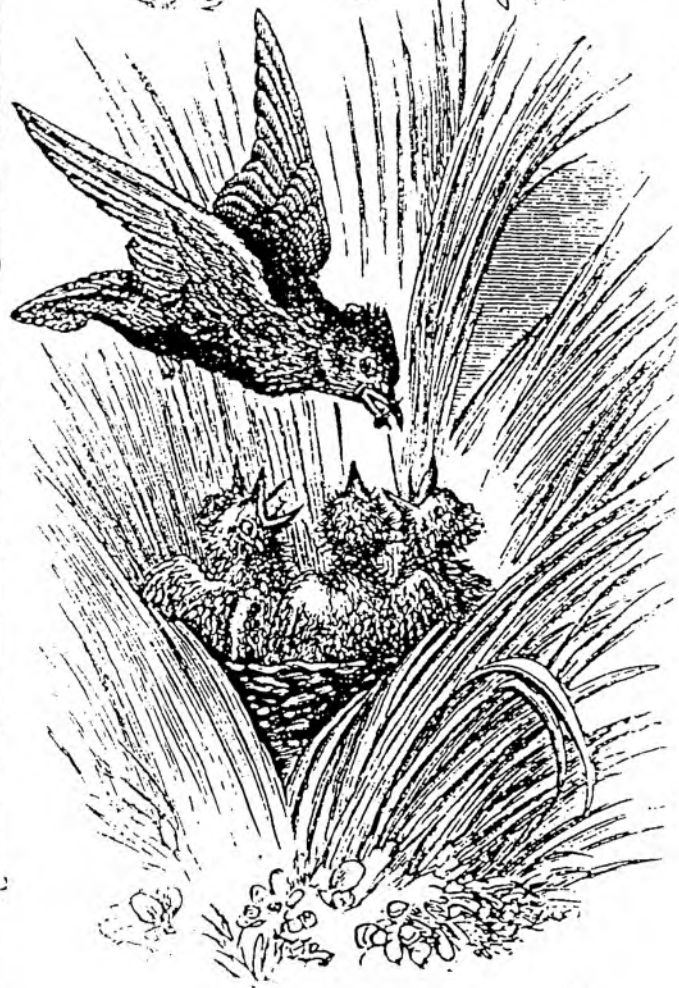
buscando sin hallar? ¿No es este pueblo

blanquísimo con torres y balcones,

el que te da la mano y la palabra

y el vaso de buen vino y el buen sueño

el pueblo que buscáis?





ue os vna bien.

Adios viajeros. Yo me quedo aquí,
ni viajero ni huésped: simplemente
hombre de pueblo, pantalón de pana,
boina de años, de tierra, de raíces,
con la sabiduría del que tiene
muchas horas de plaza y de amistad
y de conversación con los enigmas
del sol y de las nubes y de los vientos,
en pie de vida siempre, en pie de vid.
Aquí el árbol que sueña con su alta huida
de estrellas, y aquí el mozo con los brazos
hechos para las cepas y la danza,
esperando la voz del buscador
de jornaleros: ¿Qué haceis todo el santo
día en la plaza? ¿No quereis vosotros
ir a mi viña?

-Sí, Señor, venía
al país de las viñas. Aquí estoy.
Al país de las viñas, donde nunca
pasa la juventud; ese país
que fué nuestro una vez, adonde vamos
sin llegar. Aquí estoy. Aquí me tienes.

Mostraría mis manos de corteza,
prestas a la caricia y al racímo.
Abriría las ventanas de mi pecho
y echaría a volar todas sus aves.

Aquí mi corazón. Puedo arrancarlo
y plantarlo como una cepa más;
aquí en mi pueblo, en nuestro pueblo, en este
inmenso campo en sociedad de vides
para un vino común, para una sangre
sonora de racímos y pámpanos.

Adios, viajeros. Yo llegué a mi pueblo



Rafael ALFARO



TU

Estabas entre todos y eras una
pequeña, extraña, imperceptible gota
en el inmenso mar que forman tantos
millones habitantes del planeta;
pero eras diferente, distinta:
eras la única,
la mitad de mi alma,
la elegida,
el tú-soñado y siempre presentido.

Te miré, y a partir de aquel instante
se adueñó la belleza de las cosas,
se encarnó en mi existir,
se hizo paisaje
de mi mundo vacío y cotidiano.
Y empecé a recordar ese otro mundo
suprahumano y distante, subconsciente,
olvidado y perdido.

Amar es recordar y contemplarte
-retener tu existir- es el regreso
a la patria perdida, a ese otro mundo
anterior a la tibia placenta de la madre,
siquiera con la mente evocadora.

Pascual-Antonio BEÑO

DESTERRADO DEL VINO

(Poema así de pronto, mientras escribo
al amigo de Tomelloso Tomás Casero
Becerra)



Y digo Mancha y el corazón me sale
en forma de laguna por los ojos.
Y digo Tomelloso y ya verdea
el oro del majuelo en la distancia.
La mota azul y menta de las uvas,
el negro torrencial, tinto del uso.

Quando digo amistad digo topacios
en forma de tahonas y de soles;
manos durísimas que me condecoran
el mapa sudoroso de la espalda.

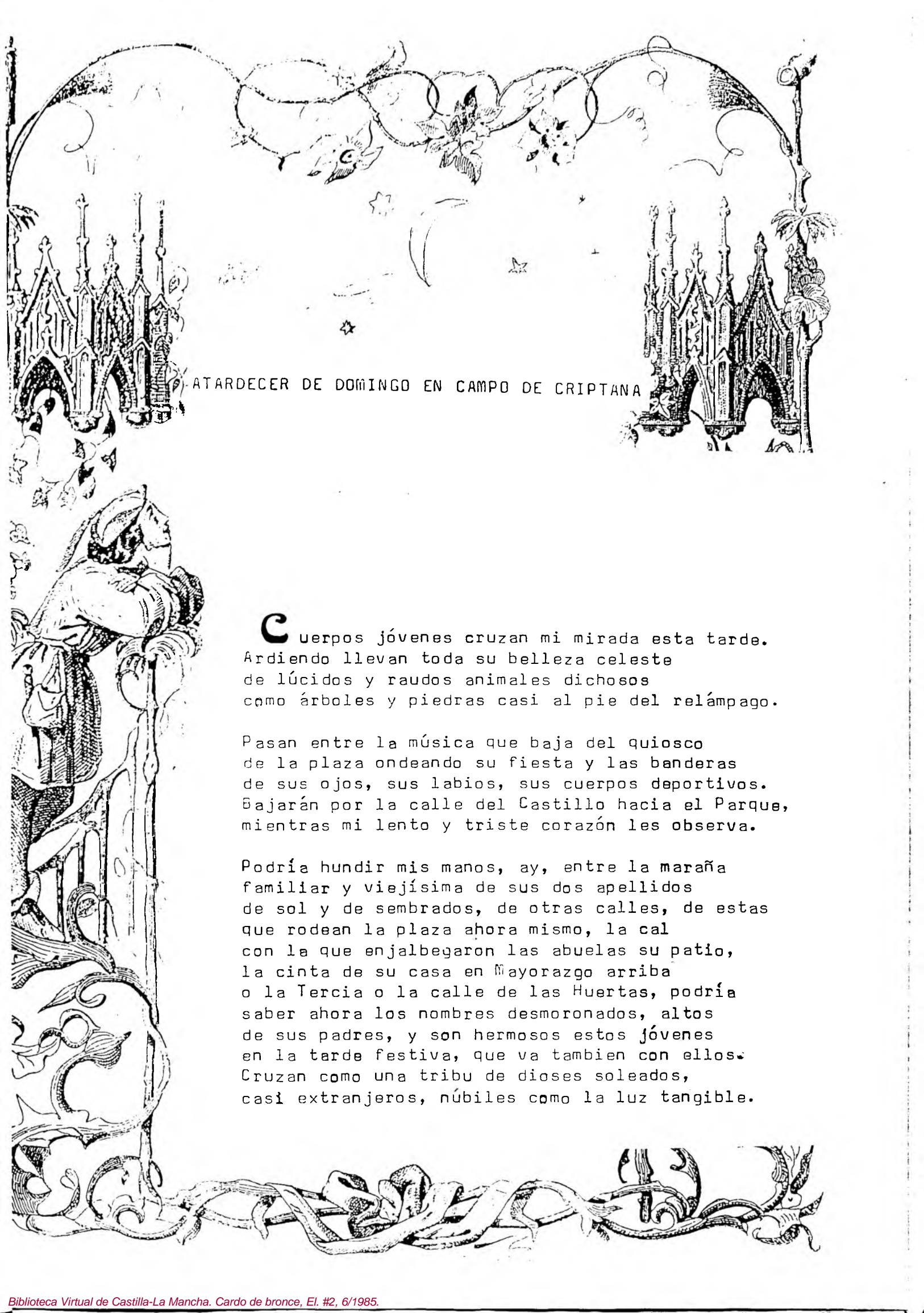
Y digo Mancha y llegan a mi mente
hombres que se han labrado su futuro
bajo un sol sideral de vino y paja.

Grises blusas, boinas; azadones
besando los emblemas del sarmiento.
Escuadrones del hambre
llorando tras del troj de las cosechas.

Vuelvo a pensar en Mancha y sobresale
mesa puesta a enfriar para la siembra
bajo el claro solsticio del invierno.
Humo distante y solo en casas y más casas
que esperan de "los reyes" la llegada,
la mano protectora que no llega
sino es a pellizcar lo que no existe:
el poco pegujal de tanto esfuerzo
que el granizo se lleva, o el impuesto
del que no sabe ver lo que es la Mancha,
según este Ruidera de mis ojos.
Porque si digo Mancha soy yo mismo
puesto a resucitar en otra estepa,
desterrado del vino y de mi sangre.
De estas raíces amargas cantadas tantas veces.

Antonio Matea





ATARDECER DE DOMINGO EN CAMPO DE CRIPTANA

Cuerpos jóvenes cruzan mi mirada esta tarde. Ardiendo llevan toda su belleza celeste de lúcidos y raudos animales dichosos como árboles y piedras casi al pie del relámpago.

Pasan entre la música que baja del quiosco de la plaza ondeando su fiesta y las banderas de sus ojos, sus labios, sus cuerpos deportivos. Bajarán por la calle del Castillo hacia el Parque, mientras mi lento y triste corazón les observa.

Podría hundir mis manos, ay, entre la maraña familiar y viejísima de sus dos apellidos de sol y de sembrados, de otras calles, de estas que rodean la plaza ahora mismo, la cal con la que enjalbegaron las abuelas su patio, la cinta de su casa en Mayorazgo arriba o la Tercia o la calle de las Huertas, podría saber ahora los nombres desmoronados, altos de sus padres, y son hermosos estos jóvenes en la tarde festiva, que va también con ellos. Cruzan como una tribu de dioses soleados, casi extranjeros, núbiles como la luz tangible.



Este pueblo ha cambiado de conducta y de aire aunque a mi lado alguien, mientras toca la Banda Municipal me hable del solano y del ábrego: Este viene del Cerro de Lobero y aquel desde la Cañamona nos sopla todavía un perfume de yesca, de pedrizas y vino o de lebrillo junto para officiar el rito de la memoria. Cruzan indiferentes, puros, igual que una manada de desnudos corceles humanos un instante, alucinantemente hermosos con su cuerpo de salvaje inocencia de otro lugar, son hijos que no pude tener. Contemplo ahora despacio a sus madres, a estos parientes míos, Angel, Salustiano, Manuel, Paco, Julián y todos los que conmigo fueron a las Canteras, Quito, a Nieva o a la Hidalga.

Se ha desplomado encima de sus ojos el tiempo. Llevan en sus espaldas muchas viñas, caminos llovidos, y granizo temblándole en las manos, o una parsimonia maciza va plegándoles en las mientes ahora mientras toca la Banda "El Limiñana". Estoy, sí, en un campo de nadie, solo, solo, muy solo, sin equipaje y una marea entre los párpados cuando suena la música, y cruzan cuerpos jóvenes su esplendor más ilímite. Descubro en esta tarde la verdad de mí mismo.

Valentín ARTEAGA




P O E T A O S C U R O

Dedicatoria: A todos los poetas
anónimos del mundo.

Y o se de tí, poeta oscuro,
soñador de ternuras y noblezas
y extraño por la vida, que te puso
un ansia de palomas en la frente
negándote las alas para el rito.

Habitante de un tiempo de suspiros,
de dientes y cenizas,
tercos vientos acosan
y dejan en exilio -sin banderas-,
sin aromas ni espejos,
tus corceles de lumbre,
tu alentar de cereza,
tu sed de transparencias,
tus sencillos espacios repartidos,
tus cálidos orientes,
tu abrazo sin orillas,
tu canto enamorado...

Yo se de tí, poeta oscuro,
compañero del limo y de la rosa,
de la niebla del llanto y la tristeza,
de la estrella feliz de la esperanza,
de la infancia abrazada,
de la luz del recuerdo,
del amor sin distancias...



Yo se de tí, poeta oscuro,
pobre de resonancias
pero libre y seguro en el regazo
de la noble blancura de tu verso.


Sabes que, tal vez, nunca
hallará resplandor tu claro grito
ni encontrará su haz tu mansa espiga,
pero sigues cantando,
pero sigues soñando,
poniendo el corazón en cada estrofa
y abriendo tu verdad como una aurora.

Yo se de tí, poeta oscuro,
desahuciado de mieles y clarines,
aunque das lo mejor que llevas dentro;
el que riega jazmines de imposibles,
aunque hilvana purezas;
el que da su tesoro como un árbol,
aunque siembra en desiertos;
el que agita su sangre
con besos de pupilas
y vuelca su emoción en versos llanos
que nunca ganarán libros azules.

Yo se de tí, poeta oscuro,
poeta sin historia,
sin ecos ni laureles,
perdido en el crisol
de la humilde pureza de tu canto.

Vicente CANO





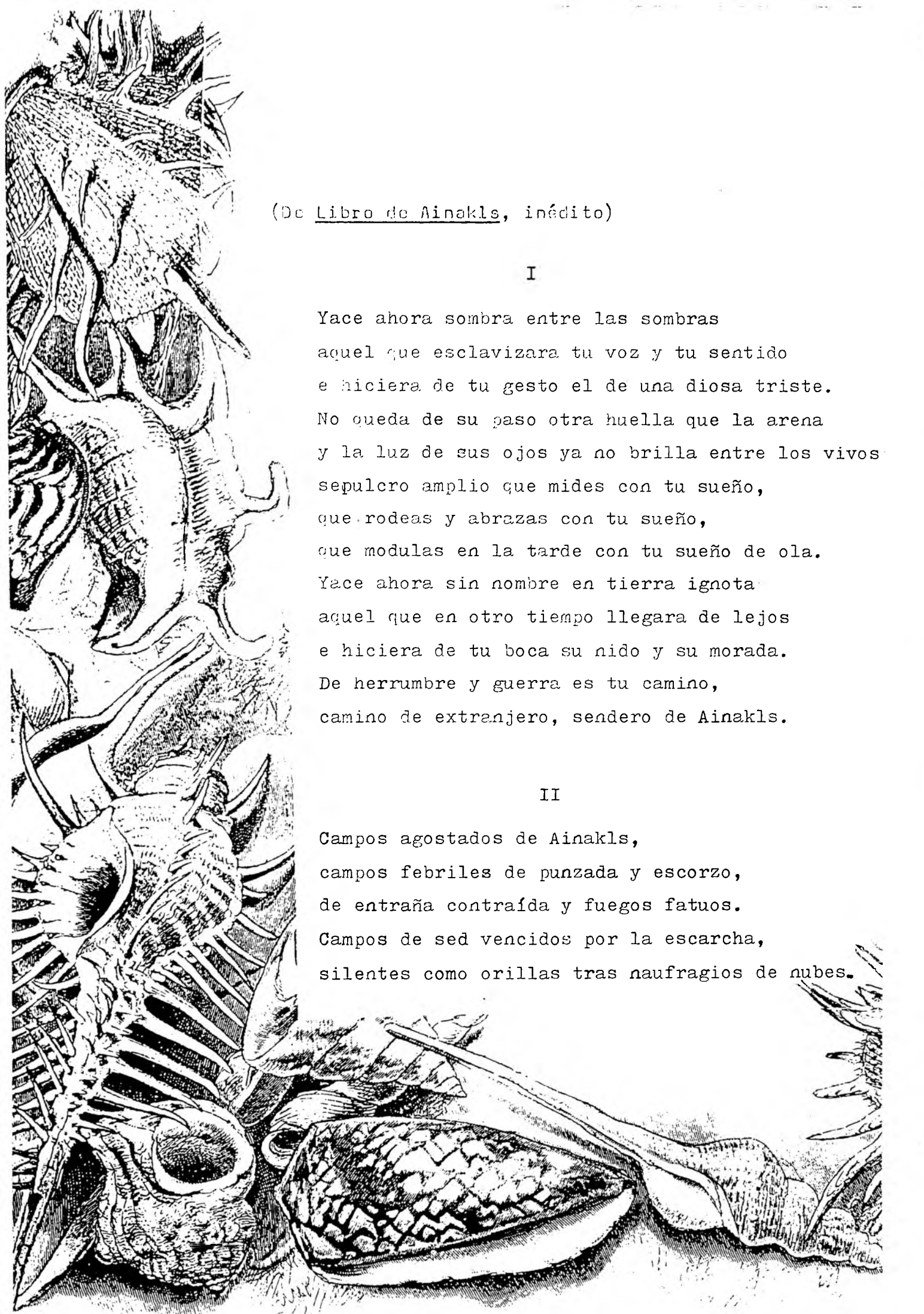
(De Libro de Ainakls, inédito)

I

Yace ahora sombra entre las sombras
aquel que esclavizara tu voz y tu sentido
e hiciera de tu gesto el de una diosa triste.
No queda de su paso otra huella que la arena
y la luz de sus ojos ya no brilla entre los vivos
sepulcro amplio que mides con tu sueño,
que rodeas y abrazas con tu sueño,
que modulas en la tarde con tu sueño de ola.
Yace ahora sin nombre en tierra ignota
aquel que en otro tiempo llegara de lejos
e hiciera de tu boca su nido y su morada.
De herrumbre y guerra es tu camino,
camino de extranjero, sendero de Ainakls.

II

Campos agostados de Ainakls,
campos febriles de punzada y escorzo,
de entraña contraída y fuegos fatuos.
Campos de sed vencidos por la escarcha,
silentes como orillas tras naufragios de nubes.





III

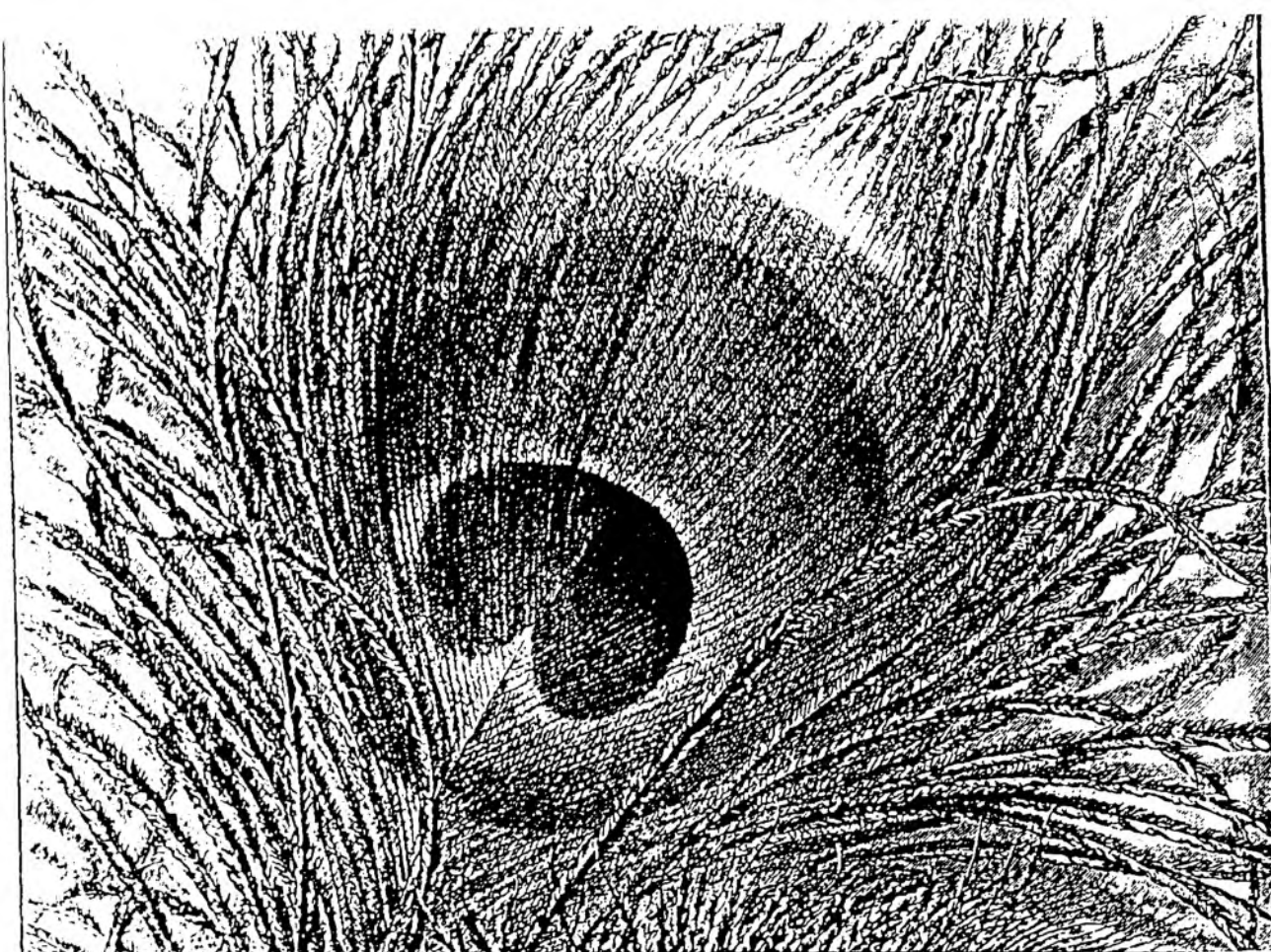
Es tu estirpe de la estirpe de Ainakls.
¿Oyes silbar el viento entre los árboles
y las hojas desgarradas y los setos?
Es el viento famélico y desnudo del norte
que vaga dolorido por sus campos.

IV

Mas no temas el torso bruñido del silencio
ni el seco rasguído de las copas. Fría
es la noche, noche de augurio y de derrota
y tus manos la abrazan como sueño de náufrago.

V

Repudian con furor al solitario,
al orgulloso rey de su miseria
y proscriben la hoguera que consume su carne.
Mas tu entraña es ardiente y sombría y tus ojos
se abren a la noche con pasión de moribundo.
Sueñas la noche como manto incendiado
ungido de temblores y bóvedas de incienso,
torbellino feroz, desgarró, madrugada,
fuego de junco, dolor de Ainakls.



VI

Acoge con piedad el sol,
el espanto del sol en la garganta.
Pues ¿quién podría resistir la plenitud?
¿Quién soportaría la locura de saber
eternas sus cenizas?.

VII

Ruedan montañas como relinchos
tras ecos y precipicios de mariposas.
Porque todo canto nace en la niebla.

VIII

Hay flechas que matan el sueño en todas las horas
(de la noche
y templos que surcan las playas cuando el sol se pone
(y la brisa es cálida.
Tuyo es el ímpetu secreto de los dioses, el terror
(de los dioses,
la terrible locura de los dioses.

CARMEN BORJA

SONETO DE UN DOLOR



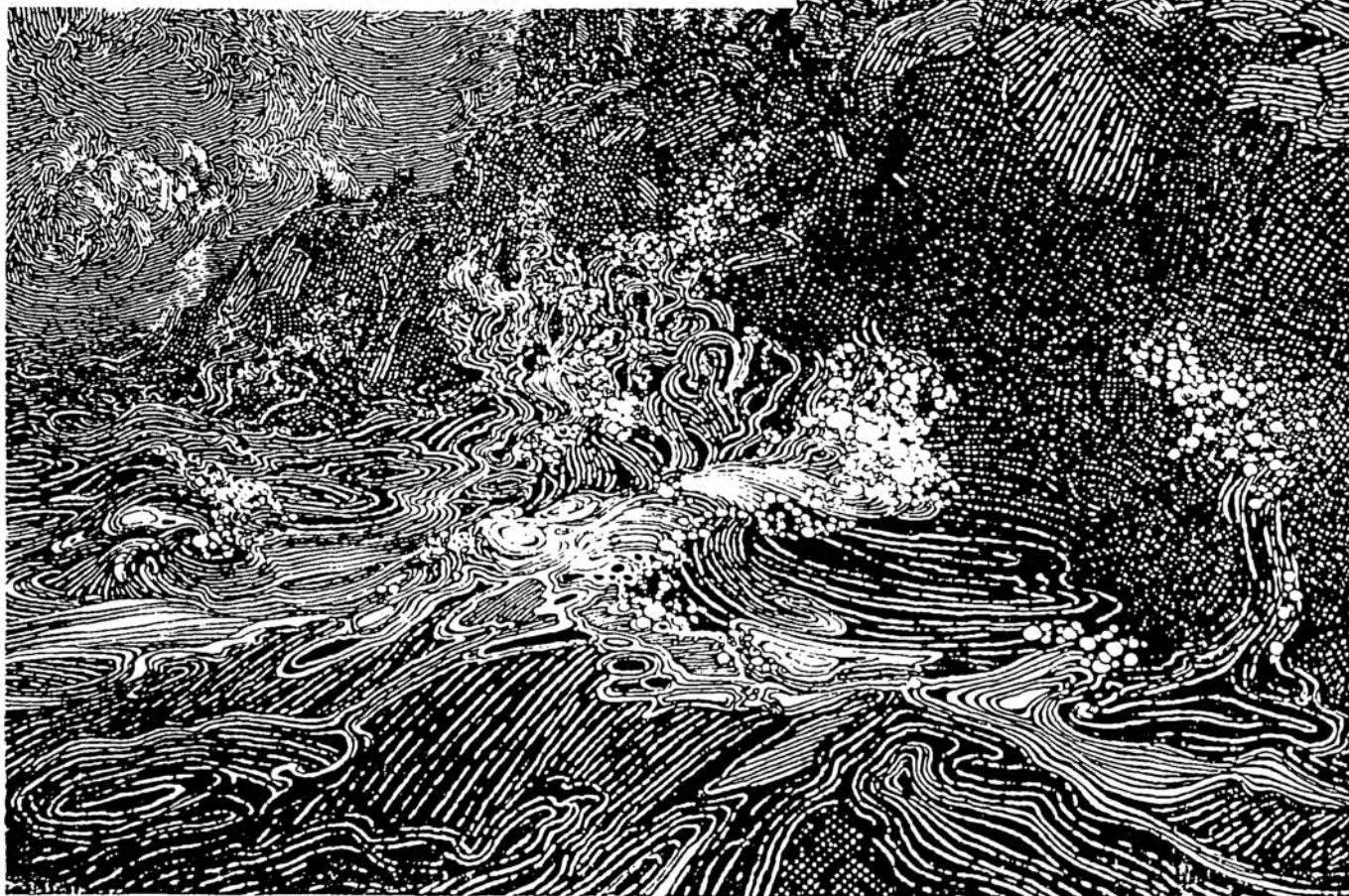
vino a mí, Señor, o yo busquéme
este dolor que mi existencia mina.
Por un yermo sin luz mi alma camina;
ni a su soberbia ni a su orgullo teme.

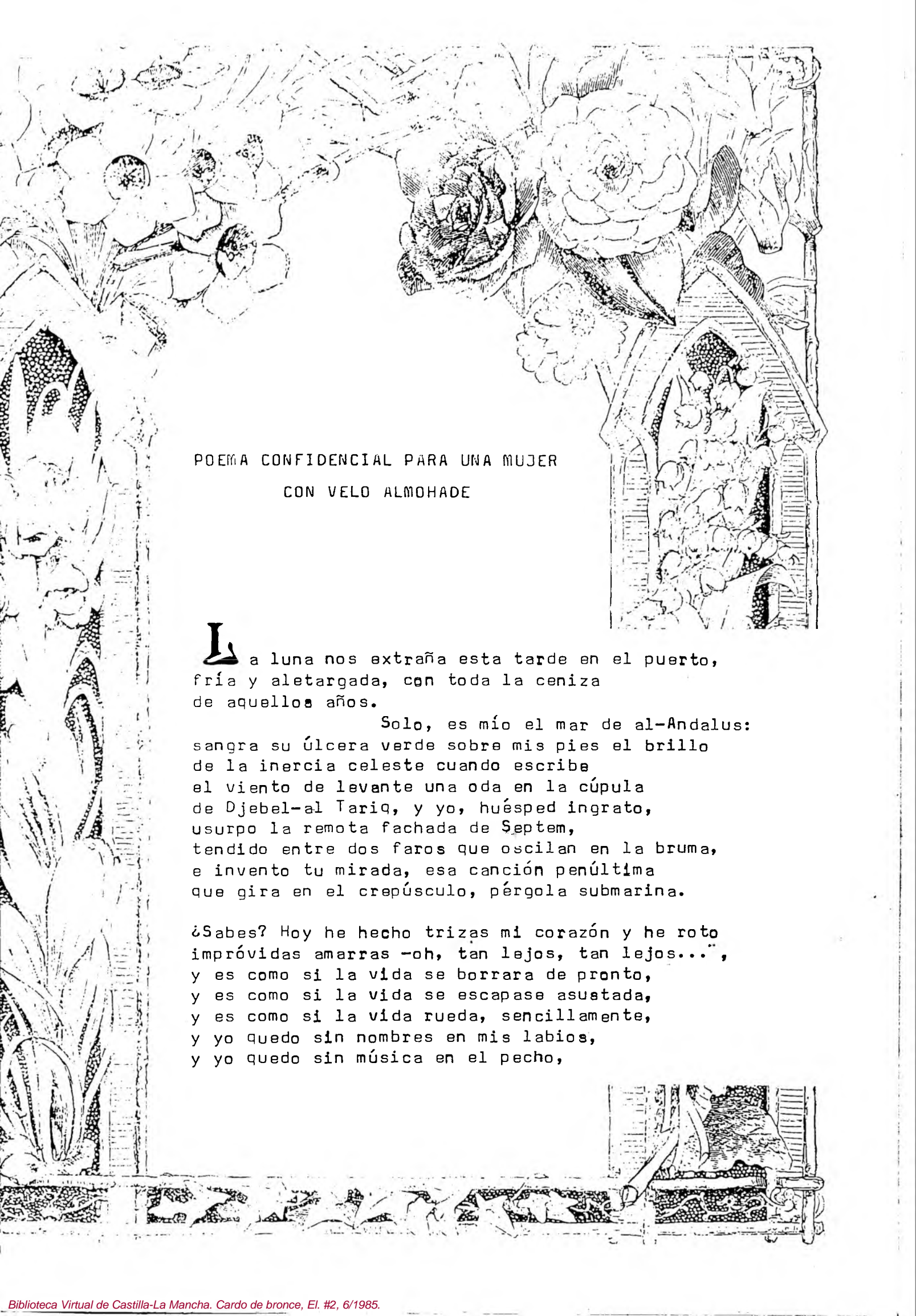
Así voy por el mundo, tras mi sombra
absorta en descifrar mi exigua nada
y el milagro de ser; mi fe quebrada
es un fantasma yerto que me asombra.

Ansío lo inmortal, y en ese infierno
de impotencia tan vil, la sed me abrasa
como una llama del abismo eterno.

!Oh Dios! Mi corazón de fe rebasa
y cúrame por siempre el mal interno,
pues me devora inconsumible brasa...

Sagrario TORRES





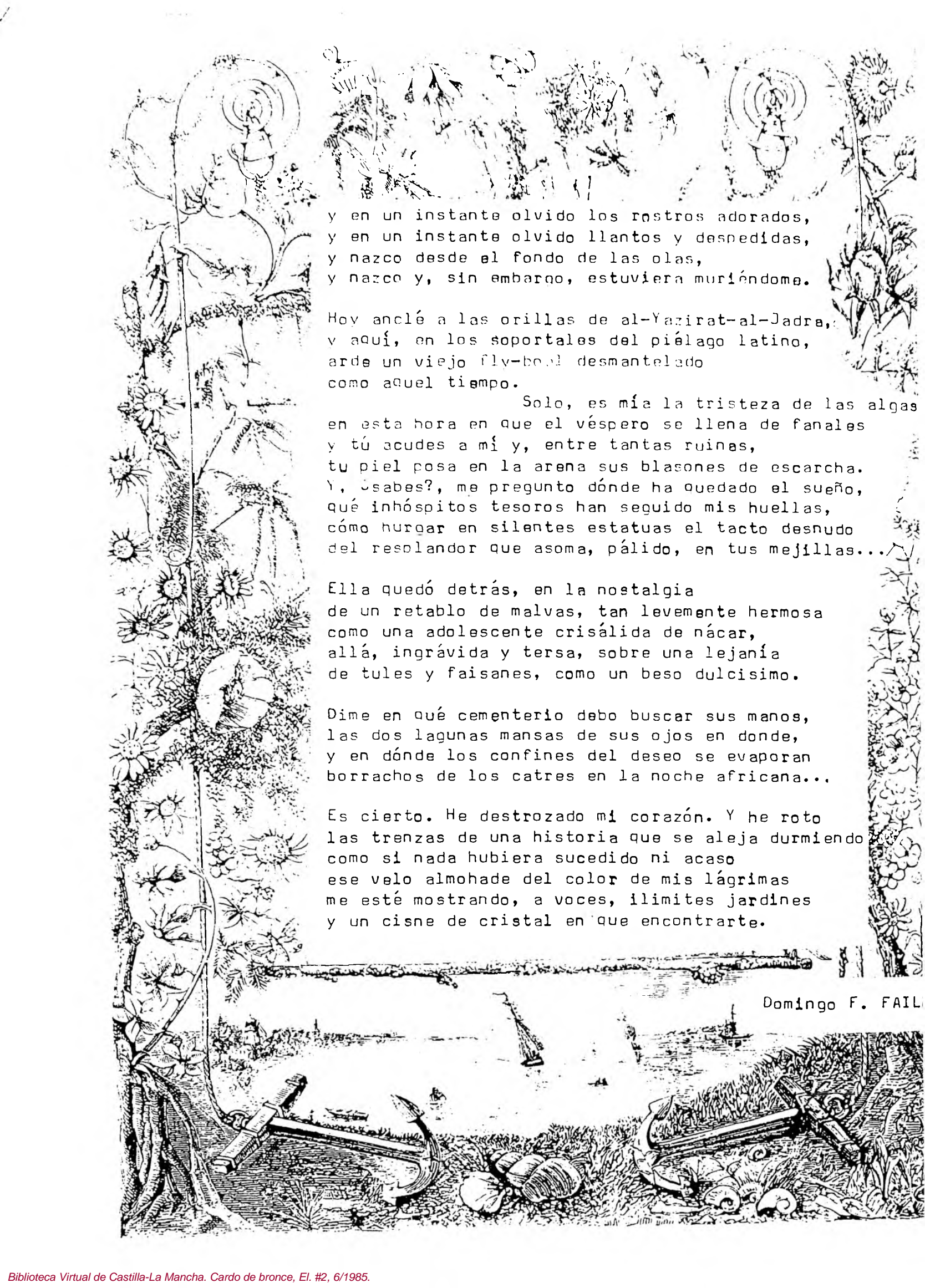
POEMA CONFIDENCIAL PARA UNA MUJER
CON VELO ALMOHADE

La luna nos extraña esta tarde en el puerto,
fría y aletargada, con toda la ceniza
de aquellos años.

Solo, es mío el mar de al-Andalus:
sangra su úlcera verde sobre mis pies el brillo
de la inercia celeste cuando escribe
el viento de levante una oda en la cúpula
de Djebel-al Tariq, y yo, huésped ingrato,
usurpo la remota fachada de Septem,
tendido entre dos faros que oscilan en la bruma,
e invento tu mirada, esa canción penúltima
que gira en el crepúsculo, pérgola submarina.

¿Sabes? Hoy he hecho trizas mi corazón y he roto
impróvidas amarras -oh, tan lejos, tan lejos...",
y es como si la vida se borrara de pronto,
y es como si la vida se escapase asustada,
y es como si la vida rueda, sencillamente,
y yo quedo sin nombres en mis labios,
y yo quedo sin música en el pecho,





y en un instante olvido los rostros adorados,
y en un instante olvido llantos y despedidas,
y nazco desde el fondo de las olas,
y nazco y, sin embarco, estuviera muriéndome.

Hoy anclé a las orillas de al-Yazirat-al-Jadra,
y aquí, en los soportales del piélago latino,
arde un viejo fly-boat desmantelado
como aquel tiempo.

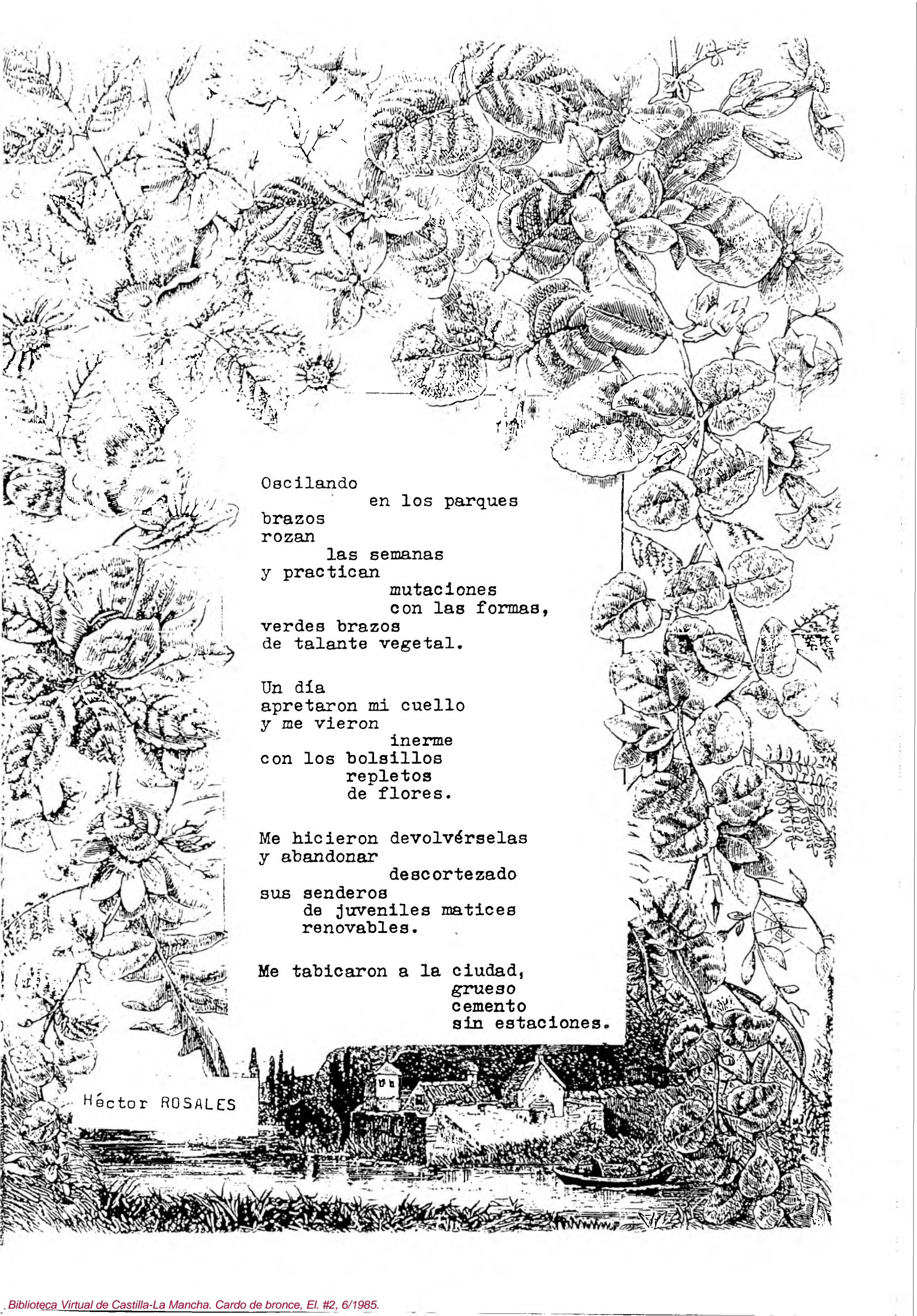
Solo, es mía la tristeza de las algas
en esta hora en que el véspero se llena de fanales
y tú acudes a mí y, entre tantas ruinas,
tu piel posa en la arena sus blasones de escarcha.
Y, ¿sabes?, me pregunto dónde ha quedado el sueño,
qué inhóspitos tesoros han seguido mis huellas,
cómo hurgar en silentes estatuas el tacto desnudo
del resplandor que asoma, pálido, en tus mejillas...

Ella quedó detrás, en la nostalgia
de un retablo de malvas, tan levemente hermosa
como una adolescente crisálida de nácar,
allá, ingrávida y tersa, sobre una lejanía
de tules y faisanes, como un beso dulcísimo.

Dime en qué cementerio debo buscar sus manos,
las dos lagunas mansas de sus ojos en donde,
y en dónde los confines del deseo se evaporan
borrachos de los catres en la noche africana...

Es cierto. He destrozado mi corazón. Y he roto
las trenzas de una historia que se aleja durmiendo
como si nada hubiera sucedido ni acaso
ese velo almohade del color de mis lágrimas
me esté mostrando, a voces, ilimites jardines
y un cisne de cristal en que encontrarte.

Domingo F. FAIL



Oscilando
 en los parques
brazos
rozan
 las semanas
y practican
 mutaciones
 con las formas,
verdes brazos
de talante vegetal.

Un día
apretaron mi cuello
y me vieron
 inerte
con los bolsillos
repletos
de flores.

Me hicieron devolvérselas
y abandonar
 descortezado
sus senderos
de juveniles matices
renovables.

Me tabicaron a la ciudad,
 grueso
 cemento
 sin estaciones.

Héctor ROSALES



VIAJE A LA BELLEZA

Las puertas del edén están abiertas:
la luz de las llanuras se alborozaba.
Los contornos suaves del gótico amanecen
encima de la cripta del ocaso.
Las alhambras suspendidas en la aurora
vomitan la luz a borbotones
y la lápida celeste de los mares
alza los sueños temblorosa.

Todo ha nacido ahora ante los ojos:
las pupilas en éxtasis,
los bártulos del alma en pie,
el bagaje onírico de la memoria
atado a la carroza de los tiempos,
y el hato del pasado colgado del árbol de la ciencia
peregrinan al templo de la intacta pulcritud
entonando un leve beso a los ataires del viento.

Comienza un cuento en colores
del camino prendido de las nubes,
asido a metros de amor
hasta llegar casi exhaustos de fe
-aborrecer las cegueras inciertas-
al pedestal de perfección que nos espera.

Tenemos los senderos grabados en la mente:
Alcanzando impertérritos océanos
y pasando por los huecos femeninos
hay que hospedarse en el sueño varios versos;
y saldrá entre yeguas vírgenes,
con ancestral erotismo invisible,
el apocalipsis de las musas.

Antonio César OLLERO



Hojas secas.

Despiadadas palomas
que caen abiertas,

atadas
a la espalda

como manos de rehén,

más infiel
que un parque semioculto

o un océano muriendo de tan verde.

Con la comunión

de morir con los brazos en cruz
horadando las huellas mal borradas,

el esbozo adolescente
u otro olvido

de pozos secos, lagunas,
óleos en los párpados,
plactom

o puas y espinas
hendidas en las sienes.

I ntemporales calles.

Incisivo
invierno.

Recuerdos que vociferan las esquinas
para una piel exaqueradamente en calma,
a pesar de partículas aceleradas;
volviendo a soñar

-sobre tus piernas negras-

el supuesto espacio,
la paz,
desglosando treguas
o un ciclón con ojos de bonanza,

rehén/contrándote
delimitando fuerzas en círculos concéntricos
ocupados de labios desnudos
que germinan

frutas, raíces
campos de pasado
para entrelazarlos en el vello del vientre
cubierto de dedos
alargados,
como cinco trenes
amarillos
o peces con un nombre de oro
escrito en las escamas.

José CARRETERO





ANTONIO

LOPEZ

GARCIA



BIOGRAFÍA

- 1936. Nace en Tomelloso, pueblo manchego de Ciudad Real, el día 6 de enero
- 1949. Comienza los estudios de Bellas Artes en Madrid
- 1950-1955. Realiza los estudios de pintura en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando.
- 1955. Viaja a Italia con una beca del Ministerio de Educación.
- 1957. Premio de la Diputación de Jaén en la Exposición Nacional de Bellas Artes.
- 1958. Premio de la Fundación Rodríguez Acosta, de Granada, para viajar por Italia y Grecia.
- 1959. Premio *Molino de Oro* en la Exposición regional de Valdepeñas.
- 1961. Beca de la Fundación Juan March.
- 1965. Premio Nacional de Arquitectura en los Concursos Nacionales de este año, junto con el arquitecto Elio Dolls
- 1964-1969. Es encargado de la Cátedra de *Preparatorio de Colorido* de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando de Madrid.
- 1975. Premio de la Ciudad de Darmstadt, Alemania.
- 1983. Premio *Pablo Iglesias*, Madrid.
- 1983. Medalla de Oro de las Bellas Artes, Madrid.

EXPOSICIONES INDIVIDUALES

- 1951. Tomelloso. Casino Liberal.
- 1957. Sala de Exposiciones del Ateneo de Madrid.
- 1961. Galería Biosca. Madrid.
- 1965. Galería Staempfily. Nueva York.
- 1968. Galería Staempfily. Nueva York.
- 1972. Galería Claude Bernard. París.
Galería La Galatea. Turín.
- 1977. Galería Marlborough.
Stand individual en la FIAC, París.
- 1985. Museo de Albacete.



VASO CON FLORES Y PARED 1965

EXPOSICIONES COLECTIVAS

1954. Exposición Nacional de Bellas Artes.
1955. Exposición Itinerante de Arte Joven
Dirección General de Bellas Artes. Junto con el pintor Lucío Muñoz y los escultores Julio López Hernández y Francisco López
1957. Exposición Nacional de Bellas Artes
Exposición de Artistas Manchegos de Hoy. Museo Nacional de Arte Moderno. Madrid
1958. La Naturaleza Muerta. Granada. Concurso.
1959. Exposición Regional de Valdepeñas.
- 1960-61. Exposición Antológica en la AFCA
1964. Galería Juana Mordó. Madrid.
1965. Contemporary Spanish Artists. Vermont. U.S.A.
1967. Spanische Kunstheute. Städtische Kunstgalerie. Bochum. Alemania
Exposición Internacional. Pittsburgh. U.S.A.
- 1967-68. Spanische Kunst der Gegenwart, Bochum, Nürnberg, Berlin, Rotterdam, Copenhagen.
1968. Hedendaagse. Saanse Kunst. Museum Boymans. Rotterdam.
1969. X Biennale Middelheim. Amberes.
1970. Magischer Realismus in Spanien Heute. Frankfurt.
III Internationale der Zeichnung. Darmstadt. Alemania.
1973. Arte 73. Exposición Antológica de Artistas Españoles. Fundación Juan March.
Contemporary Spanish Realists. Galería Marlborough. Londres.
- 1973-74. Realismus in Amerika und in Europa. Kunstverein. Hannover
1974. Kijken Naar de Werkelijkheid. Museum Boymans Rotterdam
1975. Realismus + Realitat. Kunsthalle Darmstadt, Alemania.
Galería Juana de Aizpuru. Sevilla.
Spanische Realisten. Galerie Kornfeld.
1976. Nouvelle Subjectivité. Paris.
1977. FIAC. Paris
Spanische Realisten. Galerie Brockstedt. Hamburgo
1982. I Pittori Spagnoli della Realtà. Centro d'Arte Montebello. Milan
Galería Marlborough. Important Paintings.
Arti visive '82. Biennial de Venecia. Pabellón de Artistas invitados
1983. Realidades. Institucion Cultural *El Broncense*. Cáceres.
1984. Arte Español en el Congreso. Congreso de los Diputados. Madrid
Realistes a Madrid. Departamento de Cultura de la Generalitat de Catalunya.
Masters sculpture. Galería Marlborough. Nueva York.

OBRAS EN MUSEOS

Museo de Bellas Artes de Jaen
Museo Provincial de C. Real.
Museo de la Diputación de Valdepeñas.
Museo de Arte Moderno de Cuenca.
Museo de Arte Contemporáneo de Toledo.
Fundación Juan March
Museo de Arte Moderno de Nueva York.
Museo de Hamburgo
Museo de Arte Contemporáneo de Madrid.
Museo de Baltimore



"A veces rehago un cuadro cien veces, nunca estoy satisfecho del todo. Entiendo que haya artistas que se quedan satisfechos cuando acaban una obra. Yo sólo me quedo lo justo para poder firmarla."

"Pinto siempre del natural, y la Naturaleza es un tema muy grande, muy serio, inagotable, siempre lleno de sorpresas."

"Mis obras tienen precios imposibles de pagar por mí. Y lo cierto es que algunas, que luego se revendieron en niveles altísimos, yo las vendía muy baratas. Pero el mercado es así. Sólo he podido rescatar un cuadro, de pequeño tamaño, pagándolo a plazos. Y ahora trato de comprar un dibujo, de un cuarto de baño, a cambio de un cuadro grande que aún tengo que pintar."

"Soy un pintor de temática muy amplia, dentro de mi manera de sentir la realidad, y no me suelo centrar en un sólo tipo de cosas... Puedo estar, simultáneamente, con paisaje, dibujando interiores, haciendo algo de escultura y, a la vez, trabajando sobre alguna cosa antigua. Porque yo dejo de dormir obras durante años. No suelo ir detrás de nada concreto, al menos ahora. De todas formas me parece que un pintor nunca sabe lo que busca cuando se pone a trabajar, y también eso es malo. Sea lo que sea eso que persigues nunca lo tienes muy claro ..."

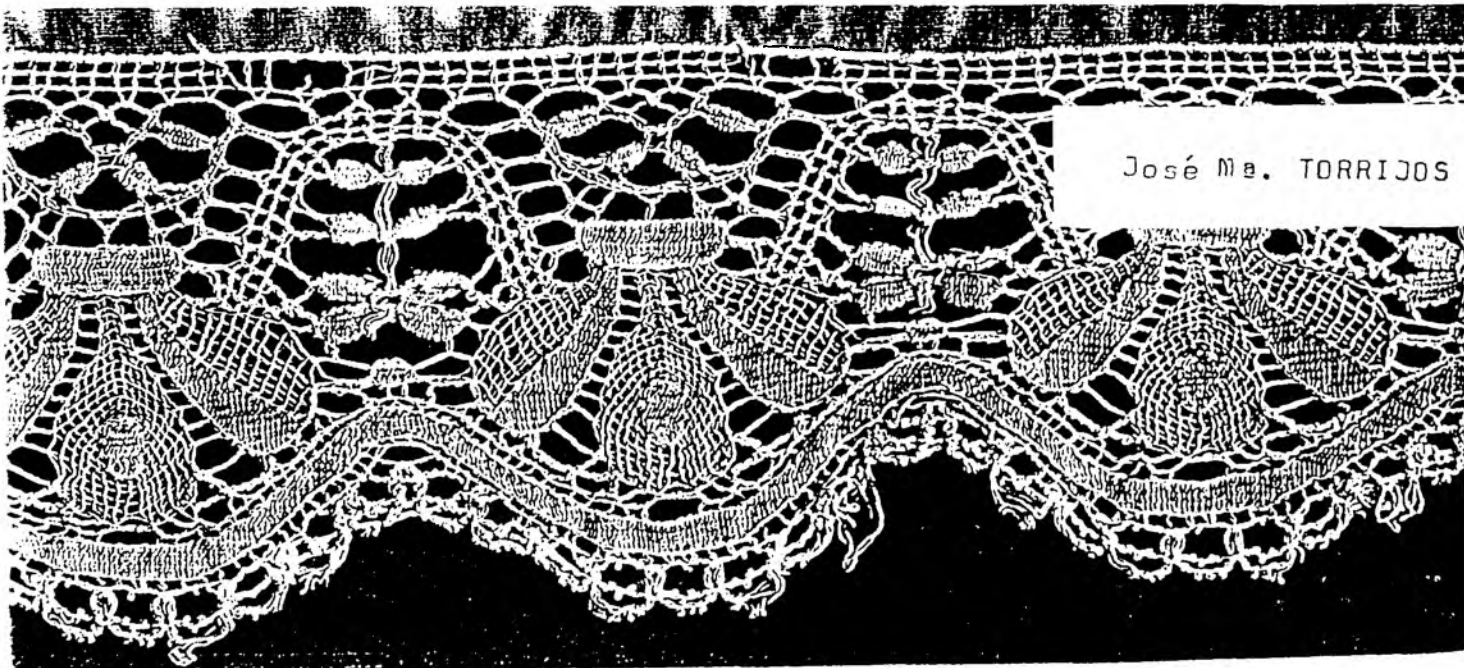
"Para que se te entregue la realidad te tiene que fascinar. Sólo puedes cambiarla cuando lo que te bulle en la cabeza es más maravilloso todavía. De lo contrario, déjala tal cual, aunque no te guste en exceso alguno de sus fragmentos."

"Hay una persona en una cama, yo siento algo, y lo dibujo. Yo veo ese armario, me emociona por la luz que le está dando en ese momento, por algo; cojo y lo pinto. Como es. Como yo lo siento en realidad, como es nunca. Entonces sí, hay una labor artesanal grande porque tú quieres pintar la carne de un conejo desollado y si no lo haces bien, evidentemente no es un conejo desollado, es decir: no impresiona como un conejo desollado."

(Óleo de Antonio López García)



Baja la luz que el tiempo permitió
y topa en superficies
cuyas manos sin anillos
dispusieron.
Hay tanta vida en platos
jícaras,
azafates erguidos,
que no parece inútil la quietud
del jarro,
la copa
y el frutero de vidrio.
Aquellos dedos maternales de mil novecientos treinta y seis,
hechos para bolillos,
para las cuentas del avemaría,
para botones de nácar en tardes de mistela y abanico,
ya no rizan espuma de blonda en los vasares
ni se santiguan con el toque de ánimas,
porque labios ausentes no beben hidromiel.
Contra el espacio la cenefa tiende
sus fingidos telones de gasa
y el húmedo silencio
alcanza hasta la puerta de la alcoba.
La enterraron con dalias y azucenas
en los pies.
Veinticinco manteles han de doblar los años
para que manos nuevas,
ensimismadamente,
rescaten ese rostro tan lleno de verdad,
que las giocondas envejecen lienzos.



José Ma. TORRIJOS



LOS DIVINOS NAUFRAGOS DE LA MEMORIA

Para "Atocha" y "Madrid Sur"

porque me conmueven.

He pie en medio de la plaza, recogiendo la luz con los ojos atentos del que espera serenamente saber por qué está allí mirando las cosas (y son las cosas lo que miro, las personas, únicas, se convierten en cosas sublimes, singularmente manifestadas en su unicidad...).

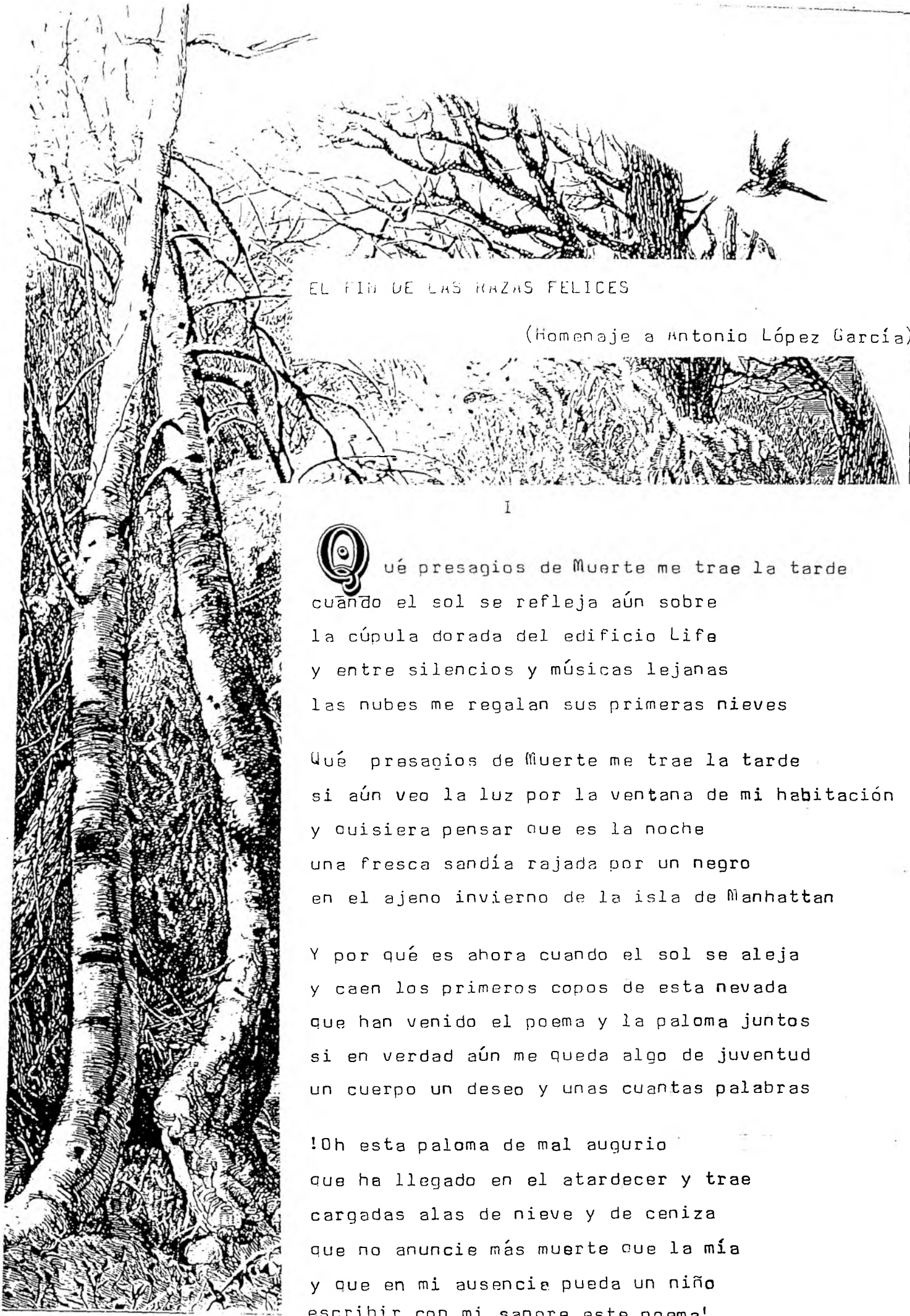
Había metido las manos en los bolsillos mientras retrocedía hasta la estatua, acomodándose la bufanda como un manto breve. Se humedeció el pelo de la lana que tapaba la boca haciéndole sentir el picor húmedo de la propia respiración (ahora en invierno la plaza se vuelve más gris porque el sol baja antes por la Casa de Campo y el conservatorio queda como único manantial de luz, las casas añejas de terracota lucen macilentas al lado de la arquitectura rotunda del Conservatorio y la estatua se torna traslúcida dentro del aire preso en Opera). Probablemente el invierno no llegaría esta noche obligándolo a volver nuevamente a la plaza. Ocurría que las estaciones no se adecuaban siempre al ritmo usual de entrada y salida comunmente aceptados. Recordó que veinte años antes (el mismo día, pero una plaza distinta. La misma estación, pero otra realidad, otras cosas únicas, que no atendían a la fugacidad natural de los tiempos determinados), en Atocha, la contemplación esperanzada abrió la intuición como un río (pintar con fiebre, con las manos derramadas en el lienzo, apresando tenazmente, tercamente, los edificios oscuros, el tiempo ennegrecido, levemente sucio, de los edificios de la izquierda. Dejar que el tiempo fluya por el centro del cuadro y represarlo otra vez en la derecha, ya más claro, mas liviano, un tiempo casi ingrávido) que vino a sumar miradas preteridas para, de una en una, recuperarlas de la memoria como un cuerpo bellísimo, muy amado.

Pasó después de empezar "Atocha" (la plaza como un gran barco, ojos de buey rectangulares, dos mástiles diminutos. El barco desolado por la guerra que agoniza en un tiempo apocalíptico. Y fue cuando la pareja de naufragos habitó el cuadro, se materializaban necesariamente en un abrazo escalofriante. Después de veinte años, no sé si era un abrazo de amor o de horror; un acto primero, o el último antes de la muerte cierta. Me bebieron la memoria, se apropiaron del tiempo como un suceso esencial en su desvalimiento.

Hacía veinte años de Atocha y hoy se había acercado hasta Opera, ahora sí sabía por qué estaba allí, para recibir al invierno en el norte (aunque no hay que engañarse, lo que quiero es huir del sur de Madrid, de "Madrid Sur". Pensaba que no volvería a pasar, no más presencias, abandonarlas a la intemperie de sus propios acontecimientos, pero no dejarlas que se celebren en mis recuerdos, en mis miradas. Pero ha pasado, también en este cuadro. Al principio todo fue bien, hasta que ayer empecé a pintar el cielo. Apareció por el alcor grisento de la izquierda, tímidamente, tan solitario que lo creí una molestia de la vista cansada por el esfuerzo de pintar algunas horas seguidas. Creo que hasta sonreí recordando "Atocha". No puede ser igual, aquello pasó hace mucho tiempo. Cuando, por la mañana, destapé el cuadro había avanzado hasta el extremo de la derecha, definiendo con su presencia un larguísimo horizonte. Intenté ignorarlo, ejercer despiadadamente alguna suerte de aniquilación, taparlo con la pintura, borrarlo con un trapo empapado en disolvente, pero sólo conseguí definir el cielo primigenio y apresurar sus pasos en el tiempo lento del cuadro. Al acercarse supe que no sucedía lo mismo que el "Atocha", ésta es una criatura real, mucho más dolorosa porque no puedo conjurarla con la pintura, no necesita de este acontecimiento para su permanencia, para habitarme el tiempo. Se ha varado en el cuadro con su tiempo breve que arroja una bata blanca. He visto en sus manos pálidas, al acariciarse la barba, unas motas de óleo, lo debo haber manchado con los gestos furiosos que hice por la mañana...). Decididamente el invierno no llegaba hoy. Abandonó la plaza, tan solitario que el aire apenas le rozaba el cuerpo por no herirlo, sabiendo que el cielo de "Madrid Sur" era el naufragio de algún día de la infancia.

PABLO RAMIREZ PERONA





EL FIN DE LAS RAZAS FELICES

(Homenaje a Antonio López García)

I

Qué presagios de Muerte me trae la tarde
cuando el sol se refleja aún sobre
la cúpula dorada del edificio Life
y entre silencios y músicas lejanas
las nubes me regalan sus primeras nieves

Qué presagios de Muerte me trae la tarde
si aún veo la luz por la ventana de mi habitación
y quisiera pensar que es la noche
una fresca sandía rajada por un negro
en el ajeno invierno de la isla de Manhattan

Y por qué es ahora cuando el sol se aleja
y caen los primeros copos de esta nevada
que han venido el poema y la paloma juntos
si en verdad aún me queda algo de juventud
un cuerpo un deseo y unas cuantas palabras

!Oh esta paloma de mal augurio
que ha llegado en el atardecer y trae
cargadas alas de nieve y de ceniza
que no anuncie más muerte que la mía
y que en mi ausencia pueda un niño
escribir con mi sangre este poema!



nos dijeron...

"la Muerte os llegará como el aplauso
final de unas estrellas apagadas
en la hora de la gran catástrofe"

Un teatro de luces
Un teatro de miedos
Un teatro de razas
mutiladas para la felicidad

Escogidos cadáveres
que no resucitareis de entre los muertos
para vosotros reuno mis palabras

Nadie niegue esta hora
este don de Muerte
esta entrega del cielo
a sus miserias

Nadie niegue la hermosa
armonía de un haz de estrellas apagadas
no niegue nadie
la caída de los astros ardiendo
al helado mar

Harto don os fue el haber vivido
con agradecimiento recibid ahora
vuestra Muerte





III

También la noche ha traído las estrellas
Y ha devuelto el silencio a los bosques
La noche en que los libros reposan

Una enorme cabeza silenciada

También el día ha traído el sol
Y ha devuelto su música a los bosques
El día en que los libros no descansan

Una hoguera encendida por el sol

El que escribe habla desde la Muerte
Desde allí ve el día y también la noche
Desde allí oye la música y el silencio

Una ausencia

tan clara como las estrellas
es la palabra

El que lee lo hace desde la Muerte
Un libro cerrado entre sus manos
La vida cerrada entre sus manos

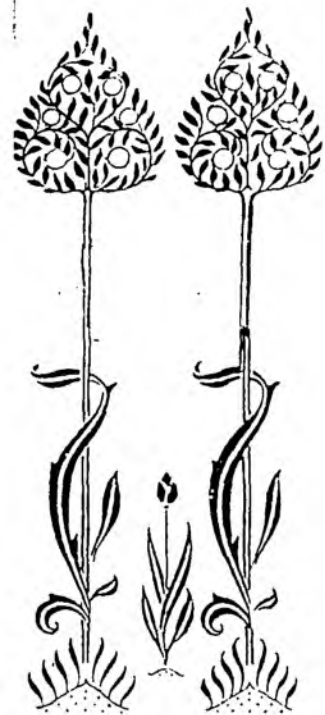
Una extensión de astros muertos es la noche

La oscuridad me ha traído las palabras
Estrellas de tu ausencia que ordenaré
En las páginas de un libro

Tu ausencia es un libro

tan claro como las estrellas

Dionisio CAÑAS



MI TÍO ANTOÑITO

Mª del Pilar es hija de Diógenes López García, una criaturilla con mucha luz alrededor y en sus apenas catorce años -va a comenzar ahora el primer curso de BUP- hay ya también, como en todos los López de su familia, una irresistible atracción por la pintura. La sobrina de Antonio López García nos dice en esta "redacción" lo siguiente:



mi tío Antoñito es simpático, sencillo, cariñoso y muy trabajador. Ha sabido aprovechar al máximo su tiempo durante todos estos largos años de esfuerzo. Merece la pena, porque después de todo en su carrera ha ido recibiendo premios e ilusiones y el más importante dentro de los premios el "Príncipe de Asturias", junto con el cariño de todos nosotros. Ha sido una gran sorpresa para él el ser galardonado con este premio tan significativo. Ha llegado a ser uno de los pintores más difíciles de igualar e imitar. Pinta tal y como lo siente, expresando todo lo que ve a su alrededor.

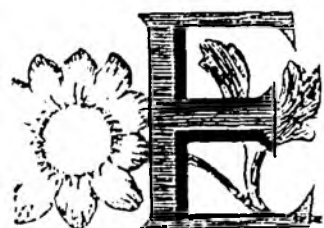
Es exigente a la hora de hacer un cuadro, se exige cada vez más. Un cuadro debe superar al otro. Cuando está con una obra al mínimo fallo que tenga lo borra hasta que consigue que esté perfecto, de ahí el que esté tanto tiempo con un cuadro trabajando.

Ojalá pudiéramos pintar todos así, qué envidia que gustándote no puedas pintar porque no tengas esa cualidad y te tengas que conformar sólo con ver y opinar. Aunque siempre hay toda clase de artistas, si no son pintores o escultores, como en este caso, son arquitectos de grandes edificios o escritores, y así entre todos, podemos formar un mundo de bienestar y cultura.

Mi tío Antonio es un hombre a quien le gusta ser libre, ir a su trabajo y hacer su vida sin ataduras de ninguna clase. Pero lo que a mí me gusta más de su persona es su sencillez. Aunque le han dado el premio "Príncipe de Asturias", él no se lo cree en ningún aspecto, para él su persona no ha cambiado, sigue siendo el hombre tímido y callado que vemos por las calles de Tomelloso, siempre despeinado y sin etiqueta al vestir. Es un hombre que ama a su familia y a la gente que le rodea.

Mª DEL PILAR LOPEZ.

LA INFANCIA CONTRAPUESTA



ra gozoso irme con el abuelo camino del cercado; él tomaba mi mano pequeña entre las suyas ásperas y fuertes; yo intentaba avanzar al ritmo de sus pasos, dando enormes zancadas. El abuelo al darse cuenta se paraba en seco, me miraba con sus ojos pequeños y negros y se reía en silencio, hasta formar dos arrugas en ángulo a ambos lados de las comisuras de sus labios; después añadía en un tono entre burlón y tierno:

- ¿Cuándo aprenderás que soy más fuerte que tú?

Pasados unos segundos reemprendíamos la marcha, el abuelo serenaba sus pasos y me miraba de reojo, como si escuchara los golpes de mi corazón; calmados descendíamos por la Glorieta de María Cristina, de allí a la calle Soto, desembocando en el anchurón de "Los Palizas". Al llegar me separaba de él y corría a su alrededor.

La casa de Diógenes y Josefita era la última a la derecha. Se veía a veces a la mujer trajinando en el porche con las portadas de par en par. El abuelo y ella se saludaban intercambiando algunas frases, y proseguíamos. En otras ocasiones venía mi abuelo y entonces si Josefita coincidía con su limpieza, el saludo se alargaba hasta preguntar por la familia, en la que siempre se nombraba al chico que estudiaba para pintor y ella solía añadir:

- Mi Antoñito es mas bueno ...

Yo conocía a Antoñito igual que a Cenicienta o David y Coliat, el Cid Campeador o Peter Pan. Hablaban de él mi madre y sus tíos José y Manolo, y mi otra abuela Ricarda de "los niños bonitos" que desde antiguo mantenían amistad y algún lazo de parentesco con los García y los López.

Como sabían todos ellos de pintura. solían afirmar que el chico no le llegaría al tío Antonio, ni a Francisco Carretero. En las tertulias familiares mis pupilas brillaban y mi mente se esforzaba en imaginar cómo sería Antoñito. De tanto oírles llegué a la conclusión de que tenían razón, entre otras cosas porque a Carretero y Antonio les conocía, como a su madre Josefa con su pelo rubio tirando a fuego y su andar gracioso, al padre al que solía escuchar en la zapatería de los "Guadinas" deslindando cuestiones sociales en animada charla con Samuel, Octavio y Francisco Ruiz, mientras aguardaba que pusieran un remache a la hebilla perdida de algún que otro zapato.



e embobaba contemplando a su hermana Josefina con unos vestidos preciosos a juego con el collar y los pendientes, en contraste con el marco de su pelo negro. Carmencita, la hermana menor, era un uniforme más con los que nos cruzábamos camino del colegio; a Diógenes, el hermano, le conocí rondando en una moto a la que hoy es su mujer, y que residía junto a mi propia casa. Antoñito siempre fué la figura de un sueño que vivía en la mente y en las palabras de otros.

Ocurrió que una mañana mamá exclamó:

- ¡Antoñito está pintando la calle de Santa Rita!

Sentí que el personaje invisible giraba en el azul de la mañana, con una enorme flor por paleta, y un tono rosado marcando la figura vuelta de espaldas. Quise correr hacia allá, pero mi madre me lo impidió, añadiendo en tono enérgico:

- Trabaja y no se le debe molestar.

El personaje aumentó mi natural curiosidad. Ahora los criterios familiares habían sufrido variación, y ya aseguraban que Antoñito llegaría a ser un gran pintor, y en mi sueño decidí que el Prado sería el único lugar para conocerle.

La infancia se esfumó quedando en ella un joven que vagaba por la Vía Láctea dibujando estrellas. Años después le conocí con su mujer y sus hijas una noche de verano, a la puerta de su hermano Diógenes, casado ya con mi vecina Carmen, y le miré largamente sin atreverme a confiarle que él era un universo plagado de alas y sueños que nunca tendrán vuelta.

Su padre no está con Octavio detrás del mostrador, ni Josefa, su madre, hace corrillo en la tienda de Juan de Mata con Rosario, Concepción y Carmen. Ya no vestimos uniformes, ni Josefina lleva su vestido de canchán y cintura pequeña. Sus figuras se esparcieron en una enorme senda, y sin embargo parecía que andaban en la noche y cuchicheaban a mi alrededor que el muchacho no pintaba mal.

Quizás aquella noche descubrí que formaba parte del Cristo de Marcelino Pan y Vino, del Guerrero del Antifaz, de Robinson Crusoe, del abuelo cojiéndome la mano y su madre en el anchurón de Soto o Domecq, de los pozos de la quema de alcohol detrás de su casa, de Lorencete en la fuente de la Glorieta, de la calle Doña Crisanta, Carboneros, España Nueva...

Antonio López García es en su pintura para mí, realidad disimulando nostalgias; es el mito en la cumbre de una edad que vuelve en sus cuadros, es un soneto que respira desde su propia atalaya y vuelca en el lienzo, es la leyenda de mi sueño infantil en el que por conocerle hubiera renunciado a mis colecciones de cromos y a mis libros de Julio Verne. Cómo recuerdo a todos aquellos que me hicieron sentir su pintura sin conocerlo.

NATIVIDAD CEPEDA.



PSICOANALISIS PARA UNA MIRADA MELANCOLICA

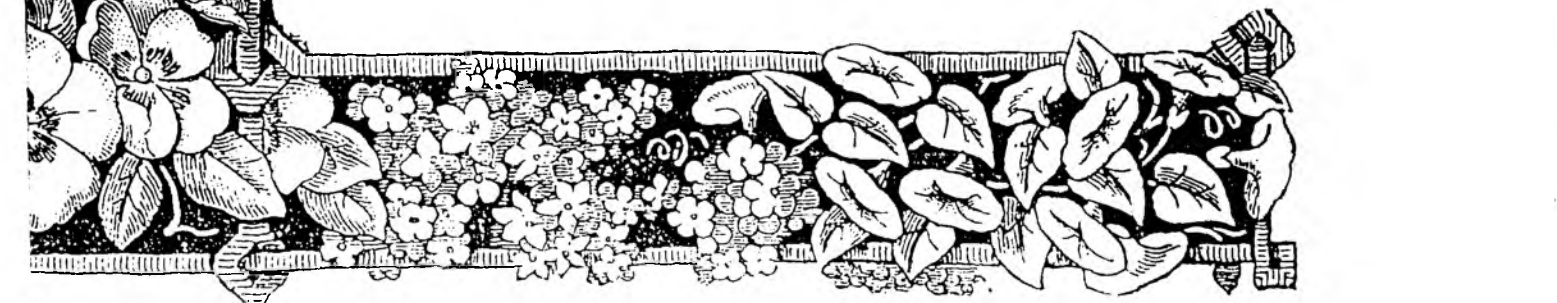
"Melancolía surge a causa de la nostalgia por algo que no se posee: para advertir que no se posee algo es preciso mirarse, detenerse en uno mismo" (H.A.Murena, "La metáfora y lo sagrado")



a naturaleza se siente deprimida porque los colores primarios se han emancipado de la tutela paterna y andan buscando un artista; la realidad se ha quedado con las alforjas vacías, negativo de happening o renuncia a conseguir la afirmación creadora inédita, vivencia monogamática.

El paraíso encefálico ha cerrado las puertas, arruinado, ya que por las acequias de las retinas sólo chorrean esporádicamente el lamento monocolor de unas lágrimas furtivas, estertor de un edén cancelado y con el equipaje precintado, destinado a flotar en el recuerdo de unas memorias que perdieron la clave de la descodificación, ya que las formas de sus antiguas vivencias coloristas están depositadas en los fondos negros de las cajas fuertes de un banco suizo.

Y la realidad artística conoció el caos informe, deforme, subforme, hiperforme. Degradación esquizofrénica de mentes oportunistas, medrando

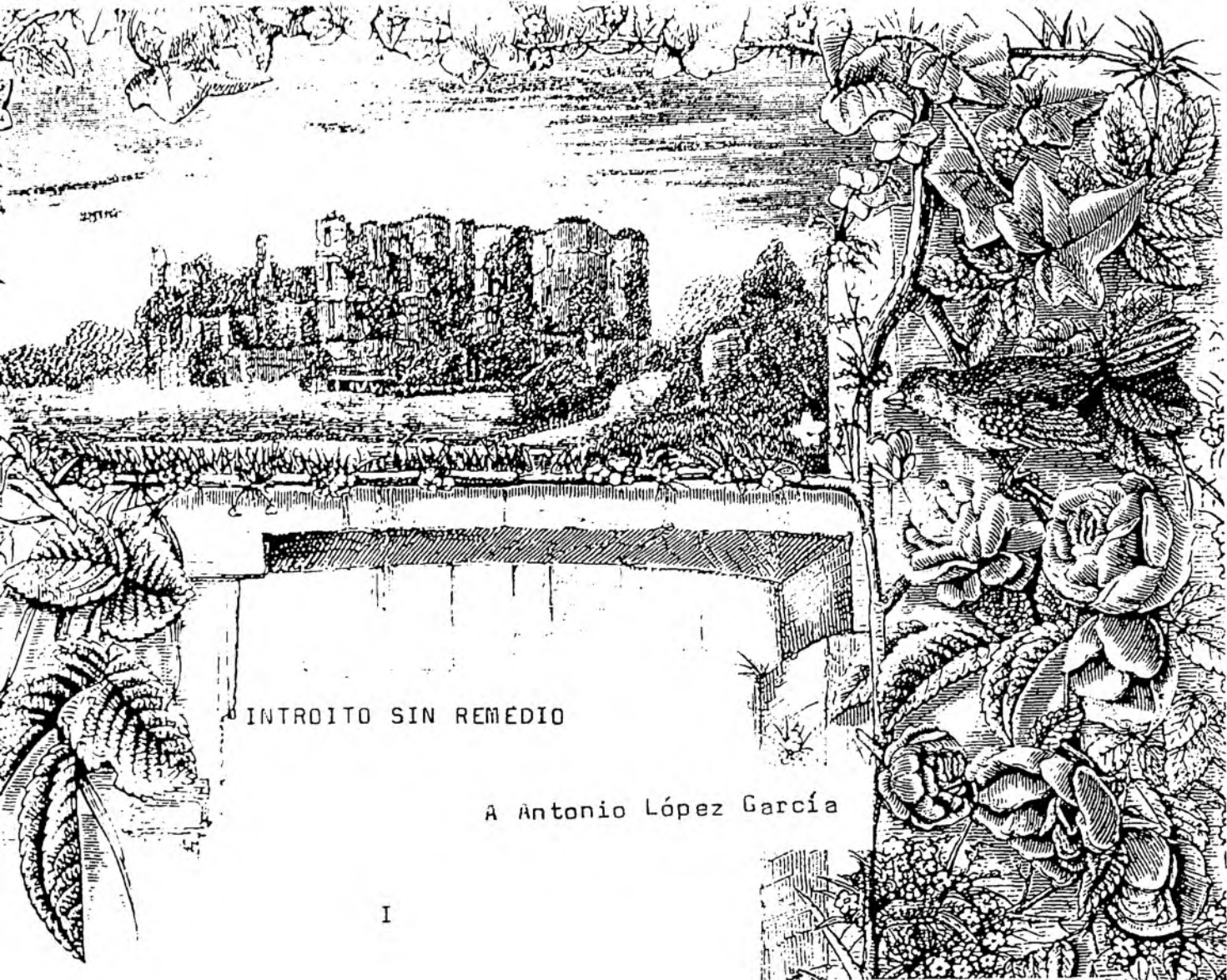


en el mercado coyuntural de la ignorancia
estética y con deformaciones congénitas,
agravadas por traumas adquiridos en colegios de pago,
sobre la capacidad trasmutadora de la sensibilidad
aún con posibilidad de reducción sacrificial,
tras cura crítico-paranoica de la conciencia
en una novena intensiva y subliminal, predicada
por Fidas en los rellanos del Cerámico ateniense,
coronados de mirto y recostados dulcemente
sobre unas estelas preñadas de adiós nostálgico.

En la paleta de Antonio López García hubo fiesta:
los pinceles encauzaron el fuego del color, síntesis del abrazo
generador, y el pulsó diseñó perfiles con autonomía
de seres reales, proyecciones de una conciencia
educada en la actitud horizontal de brazos
abiertos, que es la línea-talante-postura de La Mancha
y sus hombres. Con la mirada al fondo
de la conciencia y deslizándose por el entorno,
sueña con otra realidad posible, lírica y universal,
devolviendo al lienzo el valor de espejo primordial
donde el espíritu de la creación recupera la fe
en la bondad de la obra bien hecha -tesis-,
la esperanza reverdece en el corazón del hombre -antítesis-,
convencido de que nunca es tarde para amar a las cosas -síntesis-.

F. JAVIER CAMPOS Y FDEZ. DE SEVILLA.





INTROITO SIN REMEDIO

A Antonio López García

I

Escribo para tí, claro visitador de la alborada,
que con puños rabiosamente voluntarios
alzaste la luz del día,
y te hundiste precipitado en los sangrentados ojos de la nada,
y sobre tí cayeron alondras de ceniza, mares sin retorno.
Escribo para los corazones edificados en la desolación,
como animales infinitamente heridos, torrentes de piedra y carne,
y los millones de muertos que tallaron la tierra con sus cuerpos,
que hicieron de sus venas templo de pájaros silentes,
de amapolas de olvido que hondísimas laten.
Escribo para esa mujer paridora de horror y de sombra
a la que nadie entornará los ojos cuando muera.
Escribo para los hijos del desahucio y del anhelo
que un día vieron su pecho poblado de estrellas despeñadas,
de insomnio, luz caída, selvas de adolescentes mutilados.
Para ellos estos versos preñados de oscuros hilos de sangre,
(alas de sombra.

Un día también yo creí que mis lágrimas
eran dos ramas que al mar le nacieron,
como vosotros, hermanos míos,
y desaté la nieve de mis ojos y, llorando, desnudé la luz,
y esparcí mi corazón en flor por los claustros de la dicha.
Derramábase el poniente, sangre incendiada,
pájaros de luz henchidos ungián los campos.
tatuados en un cielo nativo, sin dioses.
Entonces era la lluvia rosa, verde el silencio,
el mar moría de amor por las esquinas
y las montañas crecían en mis ojos.
Era un gigante.
Mis pupilas eran fanales de aves celestes
de astros innúmeros, en mi frente lloraban las nubes.
Estrenaba las brisas, madrugaba el gozo.
!Oh dicha inicial, trémula de inminencia,
umbral de la delicia!
!Niño que sería yo, un niño eternamente solo
que confundió sus lágrimas con las ramas del mar!

Manuel MORENO



SABIDURIA Y DESEO

A Antonio López García



almente lo sabe y está tranquila.



En nombre del color y la música
va a dejarse construir una cabaña de trigo con columnas rosas,
va a recoger ramas y sombras y raíces
para abrigarse este gusto frío.

Mi deseo es estirar tranquilamente los músculos y las piernas
para mancharme de rojo y creer
que estoy dolida no sé si ya de amor o si del vuelo
sin plumas
al subsuelo que hace reflexionar sobre los arbustos verdes claros
y las astillas; o creer que ya estoy dentro de tu ojo
con sus múltiples fotogramas minúsculos.

Ya sé lo que es paisaje, lo que es vida.
Por eso me resulta bochornoso cegarme.
Por eso intento convertir en arco mis cejas
y la luz en cerrojo.

Sucede a veces
que en la gran Historia feliz, en los arroyos y las algas,
con todo el gozo retorcido te besas cambiando de dueño
y de espejo, y allí está cualquier niño desnudo -y no lo ves-,
allí está una madre o una nevera,
todos sin asidero, ni blusas, abiertos, esperando
que se suba ese niño a su árbol genealógico
y un pez y un pájaro
crucen sus manos para hablarle a Dios.

María Victoria RODERO

ANTONIO LOPEZ GARCIA O LA SUBLIMACION DE LO COTIDIANO

EL DESVALIMIENTO DE LA DESESPERANZA



Lleva Antonio López García, ese "griego con desconchados y moraduras", como lo describe certeramente Enrique Gran, mucha menesterosidad encima, el líbido pordioseo del tiempo, el diminuto llanto de las cosas resbalándole, ay, por las mejillas del alma. Lleva Antonio López García, testigo transparente de esa melancolía telúrica que caracteriza a la Mancha -el resquebrajado mapa de su estirpe-, como un pudor irredimible en todo cuanto pinta o piensa, y también una fragilidad conmovedora, ya en la estatura misma del color sobre la que apoya la orfandad del entorno cotidiano, ya en la suya propia de adolescente viñador que se hubiese extraviado en la congoja de esta última mitad del siglo XX hacia qué andenes del escalofrío.

Lleva un algo temeroso encima Antonio López, Antoñito. Muchísimo algo, entre eternal y cotidiano, del más allá de acá mismo de su Tomelloso natal y nutricio, lleva la pintura de este "fratricello" laíco, ángel de paisano, al que se le reflejaran todos los temas domésticos de sus lienzos en la timidez de los ojos, que qué intentan perseguir, persignar, qué desasosiego íntimo mantener en pié, ay, cuánto latigazo del replandor en las retinas aturdidas y fieles.

Va Antonio López García protegido sólo por él mismo, ensimismado en la levísima quietud tranquila -queda siempre tiempo todavía para aguardar otros otoños, amaneceres nuevos, una brizna aún de sol en la distancia...!- de un silencio que descoyunta la nombradía familiar de los enseres íntimos de su alacena manchega profunda y fantasmal.

Va únicamente cogido de su propia mano, apoyado tal vez en nada, en toda la nada, llegando a ningún lugar, a todos los lugares, al desvalimiento ese por conjurar aún de la desesperanza, que consigue empinarse apenas para poder contemplar la huida que esconde el tiempo en los aparadores viejos, en los espejos de los cuartos de baño, en el movimiento estático de los visillos, cuando se le extinguen la llama a los floreros o nos precede en la memoria el titubeo del candil, la nostalgia infinita del niño que fuimos, la honda memoria de lo pretérito.

Se le evapora el tiempo a Antoñito en el cuenco doloroso de las manos; y en el mientras, a su alrededor, ilímite tesón, insatisfecha calentura -la que padece por acá el personal y su paisanaje líuido- se le desvela casi absolutamente todo al pintor mágico de Tomelloso, permanentemente emparentado con sus raíces.

"COMO UN ROCE DE AYER SUENAN SUS PASOS"



e escucha el miedo por el relieve de la pintura de Antonio López García. El miedo, no. El pavor. Es terriblemente temeroso, o lo parece, Antoñito, con la alucinación viva del siglo aguardando, agazapada, en las cuatro esquinas del lienzo, del mutismo: Por favor, no cambie de postura nadie en el museo, en las galerías del corazón, en los trascorrales aquellos suyos, en los que está, callada la boca, la saga completa de los López: el tío Antonio, mimbtería de qué obsesión también, ochocientos pajarillos entre las manos, tangible la luz -... Yo no le enseñé al chico a pintar. Sólo le hacía algunas observaciones cuando venía conmigo al campo. Sus padres querían que aprendiera el oficio en la tierra o que estudiara alguna carrerilla, maestro o algo así...- Su hermano Diógenes que rompió, igualmente él, a pintar o si no se le ahoga el alma, su primo Santiago López Palacios... No, nadie roce nada en Tomelloso en tanto Antonio López García apoya su silencio en las frágiles barandas del recuerdo y la claridad. Pasa de puntillas el tiempo por las telas asustadas, y cruje una inerme indefensión ante la hermosura del ser. Todo en Antoñito "es"; no está, no se muestra ni se aguarda, "es", o Tomelloso sobre el aire traslúcido sufre una alucinación de siesta que no cesa ni se interrumpe, ancha y larga, con el vecindario completo escondido en sus adentros, el pintor también, que no se diga.

" A ese a quien no se ve, yo lo conozco.
No está, y es evidente como un sueño.
Por la calle vacía,
derramada en la siesta y en el cielo,
como un roce de ayer suenan sus pasos
en perfecto silencio."

escribe, adentrado en la calígene arrebatadora del cuadro de su amigo, Félix Grande, tieso como un álamo negro de la memoria de su casa de la calle Asia.

¡En perfecto silencio! Como la música de Fray Luis, la pintura de Antonio López García es pintura callada. Abre uno los portalones de su obra y te sacude, de un repente, en el rostro el manotazo del silencio. Nadie dice nada: ni sus padres, ni los novios, ni Carmencita, ni tampoco querría agonizar el muerto para no meter ruido, claro. Porque de hablar, hay que hacerlo muy quedo por estos rodales.

Mientras Félix Grande sigue queriéndolo encontrar, Antoñito se esconde detrás de su propia sombra:

" A ese a quien no se ve yo lo conozco.
Va hacia el final, o vuelve, o está quieto,
mientras la calle en sol arde callada,
secreta y clara, enharinada en tiempo."

A ese a quien no se ve yo lo conozco,
o yo lo conozco, o lo recuerdo,
o lo busco sin fin... ¡Dios lo bendiga
tan solo como va, tan lejos!"

APARICIONES EN TOMELLOSO



Qué eternamente solo va Antoñito por sus cuadros, miedo de qué, de quién, interiorizado en esa luz blanca del pueblo que cuánto daño hace de puro exagerada. Dios, lugar este de aparecidos, avemaría purísima, madre, o no sonría usted que es peor, trae mala suerte platicar de tan serios asuntos. Antonio López García es talmente de Tomelloso. Se lo delata la seriedad y el luto macizo de la compostura, el propio aviso de la sangre, el camposanto entero de todos sus apellidos. En el pavor de López García se agarra todo el susto general de Tomelloso, "tan callando", como en las Coplas de Jorge Manrique. Lo ha adivinado Francisco Umbral, a su manera, al tratar de escarbar en el silencio de nuestro pintor:

"Silencioso, como traído y llevado por sus alpargatas manchegas, en su rostro blanco y afilado hay una demudación de eterno aparecido o que ve aparecidos. En sus cuadros se le aparecen y se nos aparecen mozas realísimas de Tomelloso, que son exactamente eso "aparecidas", mucho más que señoritas que le han salido "parecidas", y no digamos ya "bien aparecidas"."

Es verdad. A Antonio lo tiene muy preocupado y ocupado el tiempo, y en su paleta mezcla el pasado y el porvenir, que no viene aún, que está siendo, que se aparece y no habla, se nos coloca delante, tan igual a como fué, está ya bien muerto el presente, y de ahí esa patética ternura por los ataúdes y las bañeras fúnebres y las consolas en las que se mustia, lenta, la soledad y esa atónita mirada de la pequeña María a punto de apretarnos la fiebre del corazón ante tamaño desvalimiento, o descuelga, chica, cuanto antes la lámpara del techo, no sea que nos sorprenda la claridad y la alegría, no se nombren, ay, por estas tierras.

NOS QUEDA TODA UNA ETERNIDAD PARA LA DESESPERANZA

Se diría que no ha salido nunca Antonio López de Tomelloso, o acaso que se ha inventado él este acá de la Mancha; por lo menos, eso sí, ha tenido la osadía en su timidez, en esa menesterosidad que le desampara y le fortalece -"¡tan solo como va, Dios le bendiga!"-, de sublimarlo en ese transrealismo suyo, cuyo pavor de difunto sin resurrecciones, con apariciones, le recorre la espina del dibujo y del color electrizándole la fragilidad y el desasimiento.

Hay que deambular por las junturas del miedo de Tomelloso -están los mapas de por acá muy asustados- para entrar en la pintura de López García. Tomelloso es él, apunto lleva el alma de quebrársele, con la anchura entera de su desazón escondida en las alforjas, y se la saca a hurtadillas donde quiere, como puede, para verificar

su exilio íntimo y te plantifican un cuadro la escuálida desnudez de una habitación en la que se le aparecen todos los cuatro abuelos, o abre, hermano, la ventana y verás a "Carmencita de Comunión", cómo está el pueblo cada día que pasa más pálido de orfandad y desabrigo, qué se le va a hacer, que al cabo y al fin, eso se sabe, nos queda toda una eternidad para la desesperanza, hasta que no se nos revele la Epifanía.

Debería estudiarse en profundidad este ramalazo de pena comunal que posee la pintura de Antoñito, esa resignación, desengaño tanto, ante la imposibilidad de restañar el tiempo, o poder lograr una ración de gozo sobre la mesa, pues los duelos con pan son menos.

"JUGANDO ALREDEDOR DEL RELOJ"

Conmueve observar cómo va nuestro pintor por sus propios cuadros -¿Por su existencia exterior también?- "jugando alrededor del reloj", un título, supongo que no casual, suyo, o como poéticamente descubre, Giovanni Testori, metiéndose "dentro de las grietas del tiempo" para destruir acaso, podemos pensar, el ahora de esos "empolvados y tristes objetos de uso deslucido" de que nos habla Miguel Fernández Braso, como por ejemplo son el as de oros, el perfil casi angustiado de una guitarra, el áspero cortezón de una vallejiana hogaza de pan..., e imantarlos de desolación, de angustia hacia el futuro, un advenir entre cohibido y temeroso, en cuya espera -¿existe la esperanza en la pintura de Antonio López García?- alucina contemplar, como un hombre y una mujer desnudas pueden entregarse, solitarios, al rito del amor en la intemperie desolada de su cuadro "Atocha".

¿Va aquí y ahora a principiar la historia o va a irse a la deriva el amor mismo? ¿Es la cópula, pese a todo, del Génesis y del paraíso, o es, por el contrario, el beso del miedo último? Imposible poderlo descifrar, porque ante la obra de Antonio estamos asomándonos a la paradoja, al espanto; y cuando en cualquier pintura suya se abre apenas un portoncillo, la rendija quizás de un aliento, asistimos sólo a una mirada de mujer que, con su miedo junto entre los párpados, se está buscando ella misma en su propio recuerdo, para hacer memoria de lo que, siniestro, puede venir de un momento a otro a destartalar la intimidad, o facilitarnos la entrada a la liturgia.

Probablemente sea su intimidad lo que añora Antonio López al jugar alrededor del reloj de su inspiración mágica y alucinada.

De todas formas, estamos ante un artista que no pinta por "divertimiento" y que sí ha optado con lucidez de hombre de Tomelloso por el realismo, pese a todo y contra todo, no es por un casual, ni por hacer la entretenida, él que aguarda años y años para acabar un cuadro.



Es indudable que Antonio López García, el silencioso, nos está constantemente voceando algo en su arte, o por esos derroteros va, por qué no, su tragedia, la del ángel indefenso de pueblo que es, desarraigado y lírico, al que se le advierten enseguida, por donde pase, sus ancestros, su mancheguía doliente, el irrenunciable talante de quintería y de muertos que se le presentan a uno siempre con la pura intención no más de refrescarle la memoria al más pintado.

LA CARCOMA QUE CORROE LA MEMORIA

Andar por la obra estremecida y estremecedora de Antoñito siempre es no salir nunca del laberinto del tiempo. Todo es memoria en su pintura, como si no le quedara a su pordioso infinito de ser él mismo otro recurso que resguardarse en esa autenticidad insólita y pudorosa de la que viene y a la que va, frente a la caducidad de estarse buscando la memoria.

Esta es otra actitud, la misma, la del montoncillo de ceniza sobre la que fija su sombra el campanario del dolor, muy de la Mancha del lugar donde nació Antoñito, un poblachón que es también un enigma muy patético, unas ganas insaciadas de besarte en el centro del alma la esencialidad.

Antonio López García es escuetamente esencial. Posee la mancheguía, entre ingenua y virginal, de un Giotto de la Calle de Santa Rita de Tomelloso, o el primitivismo de un Piero della Francesca transplantado al país de las viñas, "salvatis salvandis", claro.

A la postre sábase a donde se dirige Antoñito, aunque disimulado y tan filosófico él, tan poetizador de lo real-real, de todo cuanto está ahí para su pintura lo levante, lo real-ice.

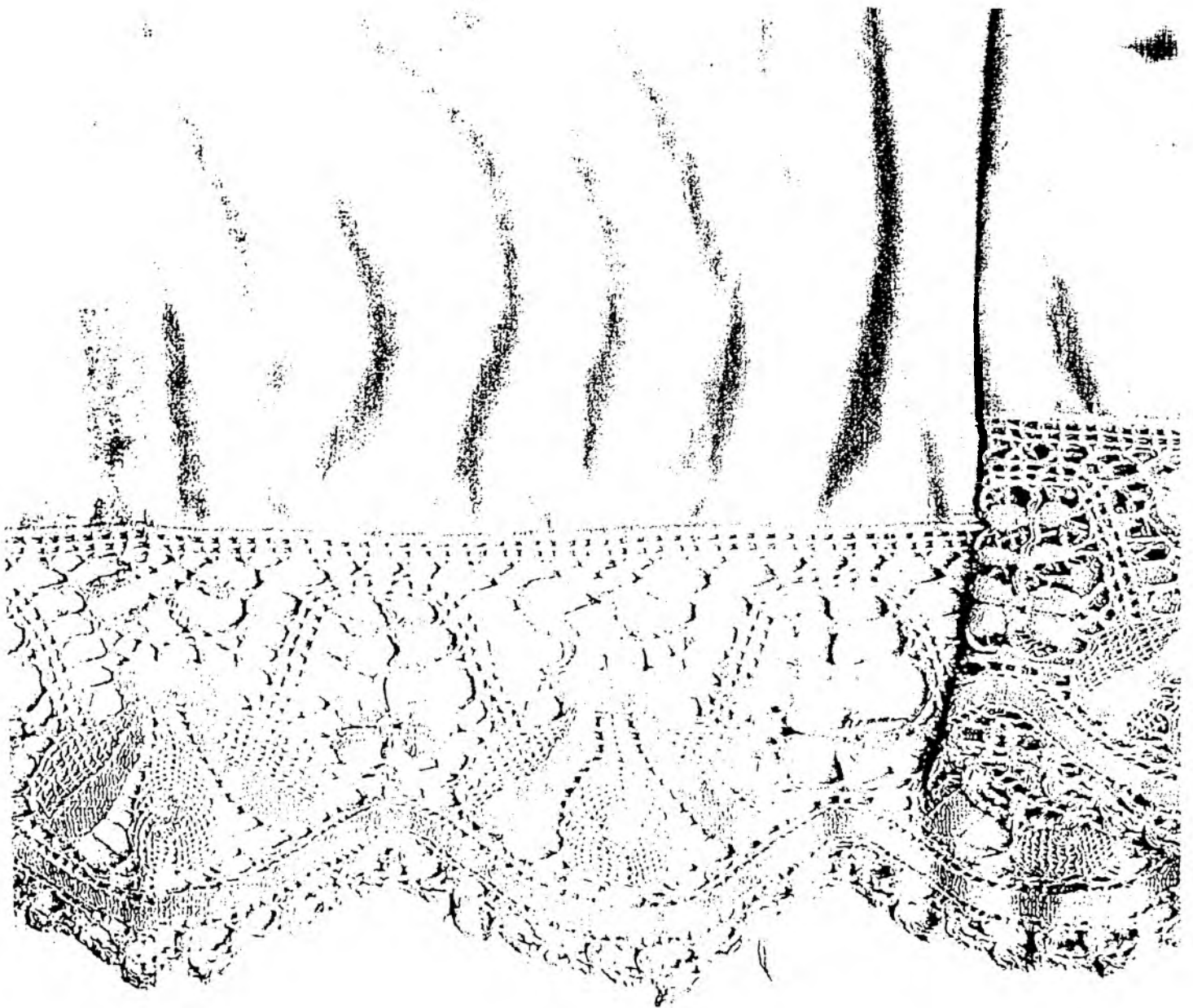
Entre la desesperanza y la sublimidad va el artista de Tomelloso en busca de qué redención de lo cotidiano, de qué transcendencia inegable, penúltima acaso, en la ribera total de un tiempo por desvelar, por remansar. Antoñito, dígame lo que se diga, ha sido tocado en la punta de los dedos por la varita mágica del arte para conducirlo, desde la congoja que la carcoma corroe su antigua memoria de niño asustado mucho, hasta la transparencia milagreada de sus objetos familiares y queridos: el membrillo y el almendro, las celindras y las rosas que acabará, seguro, por eternizar alguna vez por salvarlas, con su taumaturgía campesina.

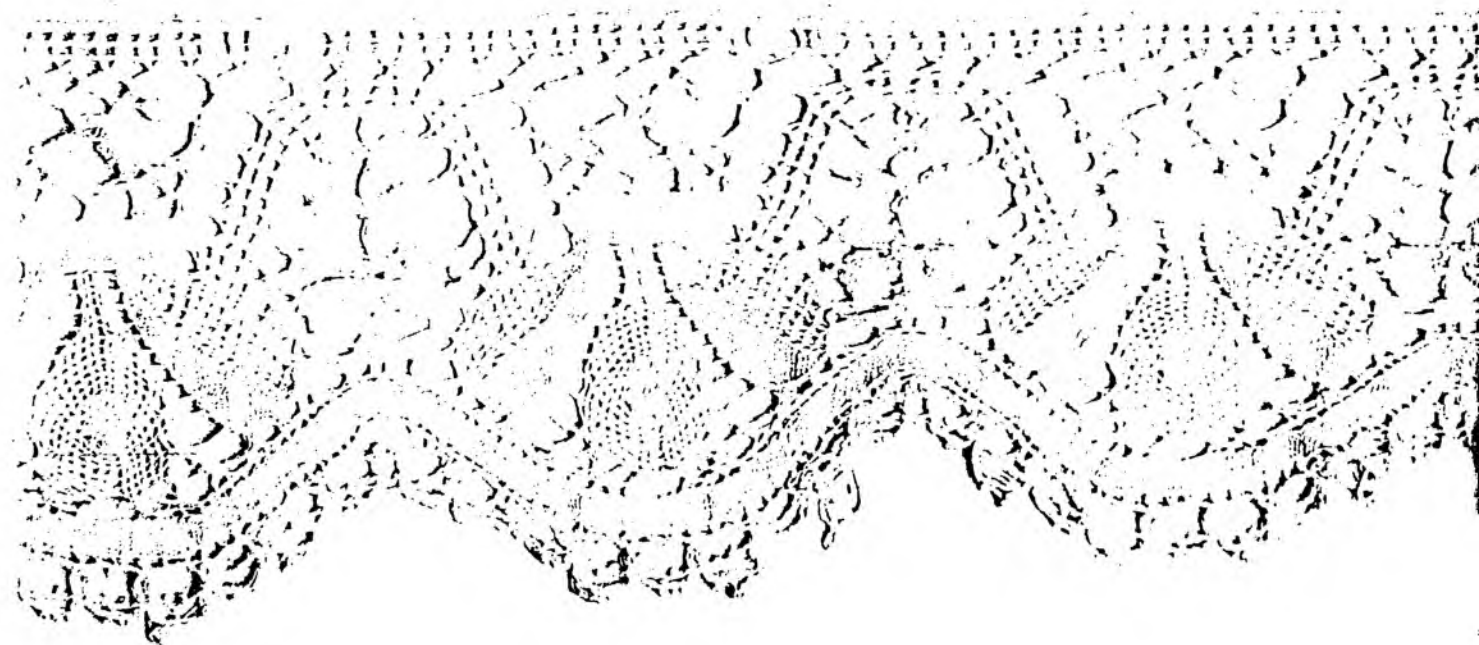
Probablemente piensa Antoñito que si no es para exaltar la realidad no merece la pena pintar y tal tarea ocurre sólo cuando el artista está aureolado por el misterio. Unicamente este puede llevarnos a descifrar el enigma de las cosas. Escribe Fernández Braso: "Su obra ha incorporado a nuestra vida una visión que antes pertenecía a las zonas borrosas de lo cotidiano, estaba relegada al olvido, a la fantasmal memoria de nuestro diario quehacer".

Ahora, cuando él las ha acariciado con su luz, se nos han hecho epifanía, deslumbramiento, sublimidad. Todo dentro de una habitación de Tomelloso. Como su amigo y paisano Eladio Cabañero podría Antonio López explicarnos:

"Miro todo de lejos,
memoro, nombro, toco oscuro, oh paredes;
saco a relucir vidas, materiales, historia,
de manera que nadie equivocado piense
que escribo algún poema misterioso,
sino de protesta y de dolor".

VALENTIN ARTEAGA.



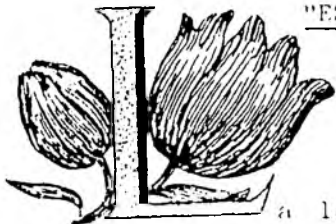




vasar
y
empotro
de
"JARAIZ"



Como si de una ceremonia se tratara o de un rito mágico para deslumbrarnos el centro mismo del corazón, vamos a ir trayendo a esta sección, en la que el cardo manchego anhelara parecerse a Ganimedes, noticias, sucedidos altos, últimos poemarios relampagueantes, perfiles de autores, cuanto tenga grado suficiente para fermentarnos la esperanza en el empotro de este "Jaraíz", vasar y besar, vivir y beber, sernos, estar, ir, quedarse o llenar de sol hasta los bordes todas las tinajas de ahora mismo y de mañana, de ayer por la tarde y del primer mediodía de la sorpresa inicial.



La lectura de los poemas de "Ese mar de secano que os contemplo", libro de Domingo F. Failde publicado por "Jarafz", no deja de reservarnos más de una sorpresa. Considerado habitualmente por la crítica como un canto al paisaje manchego, encierra sin embargo otros aspectos dignos de ser resaltados.


De entrada, admitiremos -y admitimos- con Valentín Arteaga que el poemario se muestra como un brillante logro formal, lleno de magia, de esa "borrachera de luz y color" a la que hace referencia en el prólogo José López Martínez, sin que ello justifique el aserto de Ortega Campos -erróneo, a nuestro juicio-, para quien el autor vuelve a la poesía pura, haciendo tabla rasa de una importante carga iconoclasta que, a decir de otro crítico, José Luis Buendía, aporta Failde a muchos de sus poemas.

Así, deteniéndonos en "Memorial y ficción de los académicos de Argamasilla", podemos constatar algo que, inadvertido con frecuencia, es ya una constante en la poesía de Domingo F. Failde: su fobia anticentralista y su desdén por capillas y cenáculos. El autor, partiendo de un conocido episodio del "Quijote", arremete contra la poesía oficial, la de los pequeños vates de pueblo y la de los grandes pontífices consagrados e impuestos por y desde Madrid en colecciones comerciales y antologías dictadas por intereses creados, poniendo incluso en cueros al propio Alonso Quijano, tal vez por aquello de acometer contra el gigante-molino del academismo.

Corroborando, pues, su heterodoxia, Failde nos ofrece una "Libación y discurso en torno a Juan Alcaide", poeta marginado injustamente porque osó demostrar al centralismo que también desde un pueblo manchego (Valdepeñas) se puede hacer poesía, buena poesía, excelente poesía, sin necesidad de pagar diezmos ni primicias en el Café Gijón: "al borde del camino empieza el mundo..."

Y es que el caso alcaidiano es en cierta medida el caso de Failde, quien desde el pozo negro de su Linares natal asume una actitud muy parecida, que le ha valido no pocas amarguras y muchas persecuciones, siendo por ello se hace seguir su pista en Tomelloso por ese policía de ficción, el Plinio pavoniano, que acaba perdonándole la vida, porque, al fin y a la postre, el poeta está convencido de que "en su culpa quizá tendréis la rosa".

"Ese mar de secano que os contemplo" es mucho más que un libro de paisajes, por más que el propio autor en el subtítulo (paisajes, impresiones, vivencias de un paisaje de La Mancha) se empeñe en hacernoslo creer. Estamos, por el contrario, ante una concepción metapoética del discurso ideológico que constituye en sí la poesía:



" Y, entonces, pronunciar una palabra
es abrir un regato que aviva,
un vivero de frutas que se incrusta en el pecho,
un encaje de amor que nos ahierroja."


Porque Domingo F. Faílde, mejor que plantearse preguntas trascendentes opta por encontrarles respuesta y, formado literariamente en Granada, apuesta por esa denominada "nueva sentimentalidad" que hoy abanderar en la Ciudad de los Cármenes Alvaro Salvador, Javier Igea y Luis García Montero, autor este último de una frase lapidaria que va a dar mucho que hablar: "Esta cansado mundo finisecular necesita otra sentimentalidad distinta con la que abordar la vida. Y en este sentido la ternura puede ser también una forma de rebeldía."

Por eso no nos extraña que Faílde, un poeta forjado a la sombra de la poesía social, no nos muestre en su libro el reverso de la moneda, esa Mancha trabajadora, pobre y subdesarrollada: en el fondo es la misma que él canta, sabedor de que, eludida la trampa fácil de la demagogia, no se puede luchar por aquello que no se ama.

¡Y qué lección de amor! La Mancha, Andalucía... ¡el pueblo es lo que importa! Y es por eso no comprendemos una pregunta formulada a Faílde por Nicolás Ramos en su entrevista aparecida en "Lanza". Aquí, en el Sur, nadie va a reprochar a nuestro poeta haya cruzado Despeñaperros; ya lo hizo Rafael Alberti, y ahí queda "La amante". Que las ramas no impidan ver el bosque: es preciso enterrar los localismos y arrojarlos a los brazos y al corazón de los pueblos, que es esto lo que hace Domingo F. Faílde.

Lo demás es pre-texto: el texto, lo que en poesía aparece quintaesenciado, agazapado detrás de las palabras, es algo diferente. Y habrá que remover las entrañas del verso si, verdaderamente, queremos encontrar el tesoro que encierran.

ANTONIO M. MARTINEZ



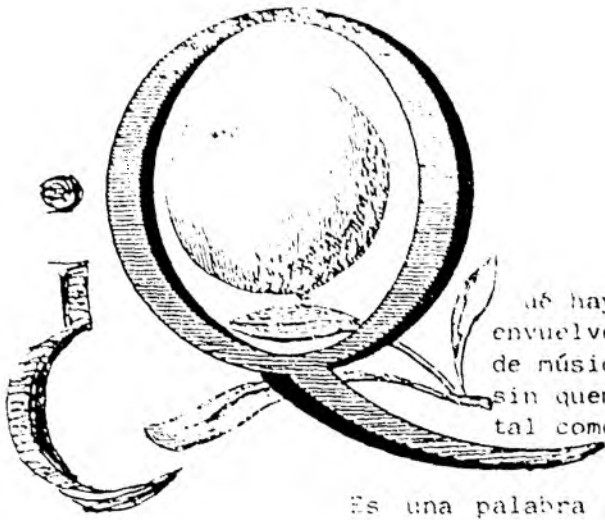


Con este título publicado en la "Colección Adonais", el poeta de Criptana ha conseguido el premio Florentino Pérez Embid 1984" de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, primer poeta no andaluz que consigue este prestigioso galardón. Estructuralmente, el libro se compone de una especie de prólogo -"Paisaje casi obertura"- y tres partes que responden a la misma unidad temática en tres momentos decisivos del día, con idéntica designación de música: "Música de amanecer", "Música de mediodía" y "Música de atardecer".

Ya desde su inicio el libro nos descubre todo su encanto, el maravilloso misterio de la belleza con anhelos de absoluto resplandor en la multiplicidad de la existencia. El binomio melodía-rostro va a constituir la base de esa macrometáfora, esa múltiple alegoría estética que sustenta todo el poemario. Todo el esplendor y deleite de la música parece encarnarse en un rostro femenino no concreto, sino universal. Claro que también podemos invertir estos dos términos, pilares de la imagen poética, y pensar que es el rostro el que, al llegar a la cima de la vida se diluye en música exultante para configurar esa "patria de la hermosura" inefable que trata de asir el poeta con su palabra:

... Llega un rostro
diluvial a la vida, a las orillas
del corazón irrumpe, geografía
remansada tan pura, casi mar
o patria de hermosura. Transparenta
sones, cadencias, piedras. No sabemos
de quién es todavía ...

La lectura del libro nos sumerge en un continuo arrobamiento del espíritu. Valentín Arteaga tiene esa gran virtud, esa maestría para mantener en todo momento el clímax poético sin lagunas o lapsus que desmerezcan de la gran altura lírica que recorre todos sus versos. De este modo, su poesía se convierte en la mejor terapia para vencer la rutina, el prosaísmo aburrido e intrascendente, trasladándonos a una especie de paraíso de la estética vital. Es la función creativa de la palabra poética que nos produce un deleite indescriptible, adentrándonos en el goce que produce la belleza, sintetizado en el presente libro en la música, símbolo intensamente vivido, sentido, sin salirse nunca de manera violenta o irracional de la vía estética elegida para el logro de estos objetivos. El mismo poeta vive la sorpresa de su hallazgo, expresada mediante el recurso exclamativo o de la interrogación:



¿Qué hay detrás de este rostro? ¿Qué misterio? envuelve su caudal como unos velos de música encendida? ¿Quién podría sin quemarse los párpados mirarlo tal como es? ...

Es una palabra concebida y plasmada para el goce más exultante, que rezuma siempre vida, misterio enamorado de esa contemplación de la naturaleza interiorizada. Así lo vemos en cualquiera de sus poemas. Sirva para ejemplificar el poema nº 2 de "Música de amanecer", donde el poeta, mediante una especie de clarinazo, de la función apelativa del lenguaje en el imperativo "detened la luz" nos anima a deleitarnos en la contemplación de la luz-rostro-música, en el momento inicial de su aparición:

Ah, detened la luz. Poned las manos sujetando su alondra. Llega un rostro a desbordar el alba, la vasija de todos los perfumes. Como un río de sorpresas se alza.

Hermosa manera de recrear la belleza, de llenarnos los ojos de asombro, de poner a punto nuestra capacidad para la emoción lírica, trascendiendo las cosas sencillas para proyectarlas sobre el lector, después de esa transmutación estética que ha logrado con el cultivo de la palabra más íntima, más sorprendente.

"Un rostro va en su música" va desgranando sus endecasílabos con ese ritmo interior tan característico del poeta criptanense que nos conduce a apurar su lectura hasta el último sorbo de la sorpresa, sostenida con una arquitectura conscientemente elaborada, siempre solemne y rayana con la mística de la belleza y el prodigio. En Valentín Artega la originalidad surge fácil como venero inagotable que fluye suavemente y sin interrupción, con sólo proponérselo. Las metáforas, las sinestesias, toda la imaginaria del lenguaje resulta de una novedad increíble, con múltiples matices, desde la metáfora apoyada por una determinación identificadora "orquesta de su pelo", "torre de su encanto", "obertura en piedra liminar", "pólenes del milagro", "el árbol de los dedos" ...-, hasta la aposición más sugestiva, la identificación más original, el símil más sorprendente: "tu rostro, pan de gracia", "un búcaro es el día", "deslumbras como un mito sagrado". A toda esta ingeniería lingüística, sólo posible en un auténtico orfebre de la palabra, hay que sumar el derroche significativo de los significantes verbales, la simétrica y cuidadísima adjetivación y una catedral poética en la que nada es superfluo, nada desentona de la armonía del conjunto, forjado con sabiduría, para alcanzar esa apoteosis sensorial en la que se sumerge el lector de esta poesía de altos vuelos, nacida como un milagro real que se recuerda, aunque llegue el silencio de la noche, porque ya ha nacido realmente.

LUIS GARCIA PEREZ

ENCUENTRO CON LOS POETAS MANCHEGOS

LA POESIA CALLADA DE RAFAEL ALFARO



Rafael Alfaro nació en El Cañabate, de Cuenca, un poeta del que puede y debe enorgullecerse Castilla-La Mancha. Una de las voces líricas más importantes de esta región tan poco dada todavía a tomar conciencia de sus valores culturales, a reconocer sus raíces y sus figuras más representativas.

Estudió en Córdoba y Sevilla, ha vivido durante diez años por tierras de América, como profesor de Literatura en el Instituto Internacional de San Salvador y en San José de Costa Rica. En 1961 obtuvo el "Premio Nacional de Poesía El Salvador" y desde 1968 reside en Madrid donde dirige una revista, ejerce la crítica literaria en numerosas publicaciones especializadas, ha colaborado asiduamente en "Nueva Estafeta". Ahora lo hace en "Reseña", y, entre un cúmulo muy denso de actividades culturales, es miembro fundador de la Academia Conquese de Artes y Letras. Ha publicado los libros siguientes: "El alma de la fuente", "Voz interior", "Vamos, Jonás", "Una llamada al misterio", "Objeto de contemplación", "Tal vez mañana", "Cables y pájaros", "Música callada" y "Los cantos de Contrebia". Rafael Alfaro cuenta en su haber prestigiosos premios literarios: el ya citado "Nacional de El Salvador", "Las Justas Poéticas de San Isidro", de Madrid, el "Alcarabán", el Internacional "El Olivo", de Jaén, el "Café Marfil", de Elche; el "Villa de Rota", etc, etc.

De la poesía de Rafael Alfaro ha dicho con verdadero acierto Florencio Martínez Ruíz, que es "confidencia pura y lógicamente sólo contagia a quien se achica y se introduce en su demorado "sancta sanctorum". Pero eso nada quita para que su intimidad tenga un fondo volcánico, una inquietante exasperación humana que no registran las lecturas confiadas.

Efectivamente, hay que tener cuidado con este poeta, dotado de una sensibilidad poco común, de un talante exquisito, prieto de una cordialidad entrañable. Hay que tener cuidado porque su ternura tiene un tremendo voltaje humano. No hay nada más peligroso que llevar el alma entre las manos, y Rafael Alfaro la lleva, mas con qué señorío, con qué distinción, con qué delicadas maneras.

"Apiadaos de mí.

Miradme bondadosamente

porque "he perdido mi vida por delicadeza".

Tened misericordia de este vaso roto:
que vuestro amor lo suelde
y lo torne duro e inflexible
para que no se me quiebre de nuevo".

suplica Rafael en "Vamos, Jonás". Alfaro cruza por su poesía y por su vida con la palabra de rodillas, como quien reza, apenas roza, inquietando, jamás hiriendo. Su vida y su poesía se conjuntan armoniosamente y en todos sus libros se escucha la mejor música callada. Un humanismo trascendente, transcendido late en toda su poesía, trasunto fiel de su existir, de su estar ante el mundo, ante el hombre, mas con qué honda y dolorida constatación.

Estamos ante una poesía esencial, construida, en su aparente debilidad, en su engañosa timidez, de profecía incontenible, de arrebatado visceral. No es el cómo se dice solamente, es, de veras, lo que se dice, que abrasa, aunque, de buenas a primeras, el lector o quien escucha sus versos, no se dé cuenta.

A este propósito el antes citado Florencio Martínez Ruiz afirma: "tocar el verso de Alfaro, acerado y frío en apariencia, equivale a quemarse. Pues no rozamos sólo una textura de lenguaje, unos juegos fónicos. Tocamos a un hombre".

Rafael Alfaro entiende y construye la poesía como una entrega querenciosa al hombre. Su poetizar es decididamente vocacional, un "Mester de amor". Es uno de esos poetas curas del posconcilio que, junto a Carlos de la Rica, Martín Descalzo, el Obispo Pedro M^a Casaldáliga, Jesús Tomé y otros, han demostrado, demuestran, cómo la tradición sacra de la literatura española, desde Gonzalo de Berceo hasta ahora mismo, pasando por el Arcipreste, Juan de la Cruz, Teresa de Jesús, Fray Luis de León, Góngora, etc., sigue viva y floreciente, pese a quien pese, aunque la crítica actual lo pase por alto.

En el Nuevo Mester de Clerencia actual Rafael Alfaro ocupa un lugar imprescindible. Es una de sus voces líricas más caudales, marcadas con irrefrenable terqueza, sin exagerar, por la mano de Dios:

"Vino, -reza él- tu mano a darme tu amistad inesperada. Había que rendirse porque tú te rendías"; y es que, efectivamente, sólo se da la verdadera poesía cuando ocurre la rendición ante el misterio. Únicamente cuando la verdad el corazón del hombre es tocado por el misterio se convierte un hombre en poeta, y puede decir uno, como dirá el propio Alfaro:

"Ya sé que no es preciso transformar
la piedra en oración, ni la madera
en rostro, ni el incienso en humo, ni
en procesión la calle para hablarte",

porque, como confesará en "Vamos, Jonás", "sólo tus ojos han podido ver y estás marcado". Y en "Objeto de contemplación": "Pero, ¿qué son los ojos si no arden?". Y también: "Enséñame tu rostro y no me digas tu nombre".

Rafael Alfaro es un poeta habitado de gracia, un gran poeta cuya obsesión más radical está en ir rastreando las huellas de lo inefable, el paso silencioso de la divinidad. "Algún día -profetiza- el silencio crecerá como estos árboles. El sol y el viento escribirán su nombre con palabras en la arena o soledad".

Pues bien, desde la soledad, que, como se sabe, es imprescindible para ser y vivir en poesía, Rafael Alfaro nos va elevando una obra cada vez más honda, más en pié, y de su alma van surgiendo estos poemarios apretados de luz, música susurrada al estilo de su paisano el conqueso Fray Luis de León, porque, cierto es, y él nos lo aclara,

"Tal vez habita un niño en nuestro pecho
y pide la presencia de un toque delicado..."

Insisto: la delicadeza está, antes y después, y siempre y ahora mismo, en la inspiración sobrecogida y sobrecogedora del poeta de El Cañabate; una delicadeza que es toda él mismo y que a la vez necesita de la música, condensación la más sublime y necesaria de la belleza, del aura alucinante de la vida misma:

"No me digáis que ha muerto Mozart
porque, de ser verdad, habría
que cerrar el telón,
apagar las estrellas y marcharnos
en busca de su música a otra parte:
a donde la belleza no fuese quimera
sino la gran razón de haber nacido".

aunque, como insistirá repetidamente, "la verdad más honda es el silencio", la interiorización, el sorprenderse la propia intimidad.

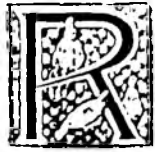
Silencio, delicadeza, emoción, música callada son los pespuntos vivos con los que Rafael Alfaro nos va cosiendo la tela finísima de su palabra y, como sucede que en frase suya "el que da

la palabra es que ha encontrado un corazón", podemos afirmar que Rafael es un poeta emocionadamente cordial. Tomar cualquier libro suyo entre las manos es estrechar su corazón, el corazón sonoro de un hombre, de un poeta, de un elegido del asombro, que ha entendido, entiende, la poesía como un servicio proximal, como una "diakonía" de esperanza, como un mester de y para la ternura, de la que tan menesterosos estamos ahora mismo.

La poesía religiosa, la poesía española, la poesía castella no-manchega tienen en Rafael Alfaro un nombre señero, un autor con el que hay forzosamente que contar. Con él, para nosotros "la verdad más honda no es el silencio" sino su palabra, su verso, uno de los más elocuentes y verdaderos del panorama poético actual, un escritor de inspiración encendida, que no gusta sólo de halagar al oído sino de rozarnos el alma, de rezarnos la existencia.

CAYETANO IRANZU.





SIETE LIBROS ALINEADOS EN NUESTRO VASAR

eunimos hoy a siete poetas, siete tinajas, siete besos, siete poyos en el frescor hondo de nuestra bodeguilla de pueblo enjalbado, que nos han traído su último libro hasta nuestro vasar de Tomelloso, y nosotros se lo agradecemos como tiene que ser: leyéndolos.

CAYETANO IRANZU.

1

CIUDAD SUMERGIDA, de Juan José Téllez, Colección "Puerta del Mar", Málaga, 1985.

Este exquisito poeta del sur, que es Juan José Téllez, nacido en Algeciras en noviembre de 1958, nos regala veinte poemas de desesperanza y de ternura en un libro prodigiosamente editado por el Area de Cultura de la Excma. Diputación Provincial de Málaga, al cuidado de Pilar Oriente. Angel Caffarena es el responsable de la edición de esta "Ciudad Sumergida" desde la que se constata la experiencia tan de hoy que denuncia Cristina Peri Rossi: "No fué nuestra la culpa si nacimos en tiempos de penuria".

2

LOS CANTOS DE CONTREBIA, de Rafael Alfaro, Colección "Papeles del Júcar", Cuenca, 1985.

Con portada y dibujos de Julián Grau Santos, en una hermosa colección que dirige el escritor Raúl Torres, Rafael Alfaro se echa al camino de sus propios sueños a vejar si se le concede el asombro de encontrarse con Cuenca o Contrebia, mito y faro, deseo y realidad al que peregrinan Carlos de la Rica y tantos más poetas, Fray Luis, Federico Muelas, Enrique Domínguez... "Vámonos por la espada a la armonía. Vámonos a Contrebia".

3

LA ZARZA ARDIENDO, de Francisco Mena Cantero, Edición de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Palencia, Palencia, 1985.

"Todo se puebla ya de música y de días" en la obra creciente de Francisco Mena Cantero que obtuvo con este libro que arde el "Premio Jorge Manrique 1984" y concede la Casa de Palencia en Madrid. Francisco Mena Cantero es uno de los poetas más transparentes y honrados del momento actual de nuestras letras y sabe como Heráclito que "el fuego se cambia por todas las cosas y todas las cosas por el fuego".

4

GENESIS DEL RECUERDO, de Antonio González-Guerrero, Agrupación Hispánica de Escritores, Madrid, 1985.

"Yahveh era silencio, monólogo, sonrisa". Desde la soledad primera del Génesis de Dios, este poeta nacido en la provincia de León el 28 de octubre de 1954, nos trae una autenticidad poco común, una estética despojada de atavismos y logra salvar de la nada la palabra, báculo o bastón, para andar entre el resplandor.

5

LA ESPUMA DESHOJADA, de Miguel Angel Marín, Cuadernos de Poesía Uriol, Zaragoza, 1984.

Bellamente ilustrado por M^{ra} del Carmen Gascón y con portada de Jesús Carreras, viene con este libro a confesarnos Miguel Angel Marín que las flores duermen, se hizo estrella la tierra, que se apaga la lluvia y son los labios párpados ante un brillo de la boca de la mujer, noticias todas estas deliciosamente importantes para este tiempo en que vivimos deshojando la luz y deshojándonos las imperperie.

6

LIBRO DE LAS METAMORFOSIS, de Federico Gallego Ripoll, Colección Biblioteca de Autores Manchegos, Ciudad Real, 1985.

"Todo es un círculo" para este poeta dubitativo y clarividente, nacido en Manzanares en 1953, que ya publicó en la Colección Adonais sus "Poemas del Condottiero (paisaje para una batalla)" en 1981, y está entre esos hijos de Caín de "La mujer barbuda" con todas las de la ley. Federico Gallego Ripoll posee un incontestable vigor en la técnica de escribir poesía, único recurso que le queda al posmoderno que es de resolverse contra la fugacidad del tiempo o "como queriendo amar todos los trinos / de un autobús lleno de gorriones" que nos dice él desde la luz avariciosa de este libro caudal.

7

S, de Carlos Morales, Colección Pérceval de Poesía, Editorial Catoblepas, Madrid, 1984.

Segundo libro publicado por este joven autor. Otro lo fué por la Editorial "El Toro de Barro" (Cuenca, 1982) con el título "Palabras de tierra y vino". En la solapa Mercedes Escolano dice de Carlos Morales (Tarancón, noviembre 1959) que "toca con la yema de los dedos la flauta de los bosques, busca el mar para el naufragio, mujer cuyo pecho le quepa en una mano, como un manojo de espliego. Su brazo de drago milenarío alzando copas de Murano, naranjas ácidas para la sed..."



